





Naturaleza muerta de la serie *El paraíso perdido* de Edward James. Claudia Flores Lobatón, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Dos cuentos / Hernán Lara Zavala	
Los signos del tacto / Antonio Sonora	12
Los toquidos / Gloria Marvic García	13
HOMENAJE A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ	15
Del ángel de la ilusión / Juan Pablo Muñoz	16
Las estrategias de la ilusión / Eduardo Uribe	19
Los sueños de Gabriel García Márquez / Daniel Zavala	22
CONCURSO 34 DE PUNTO DE PARTIDA	27
CUARTA ENTREGA	
Rostros (viñeta) / Alejandro Trejo Candelas	28
Me bañas con tus manos de nube (poesía) / Everest Landa Vargas	34
Amor (cuento breve) / Édgar Omar Avilés Martínez	37
El jardín del diablo (fragmento de novela) / Teoshia Bojorquez Chapela	38
La guerra Estados Unidos–Irak: ¿necesidad o necesidad? (ensayo) / Juan Gabriel Segovia	44
EL RESEÑARIO	56
<i>Lotería del deseo</i> : novela de amor, desenfreno erótico y alegato contra la evolución tardía / Rodrigo Martínez Martínez	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 122, noviembre-diciembre 2003

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número:
Taller coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: Claudia Flores Lobatón,
www.lobatonfotografia.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

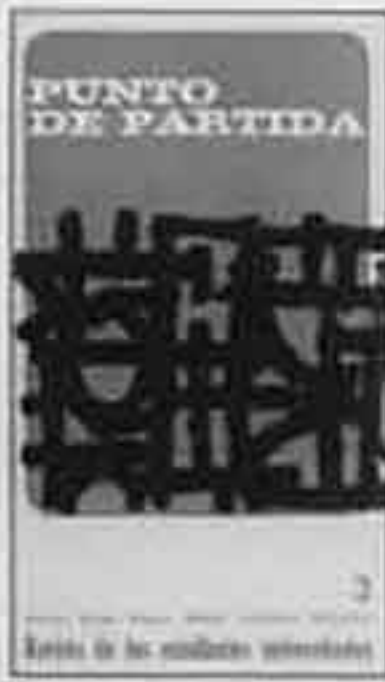
Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico:
cestrada@correo.unam.mx

Como es sabido, la obra de Gabriel García Márquez es un parteaguas en la literatura latinoamericana. Heredero de una importante tradición narrativa, el Nobel colombiano se ha convertido en referente obligado para el análisis de la literatura de nuestro continente. Sus personajes y situaciones forman parte del imaginario de varias generaciones, y la nostalgia por la lluvia de Macondo sigue presente tras décadas de haberla conocido. Es por eso que *Punto de partida* publica en esta ocasión las reflexiones de tres jóvenes escritores sobre la narrativa del autor de *Cien años de soledad*. Juan Pablo Muñoz, Eduardo Uribe y Daniel Zavala comparten con nosotros sus puntos de vista sobre las ilusiones y los sueños de los Buendía, de Santiago Nasar, de Sierva María de Todos los Ángeles o del Libertador, entre muchos otros personajes que, lejos de envejecer, nacen en cada lectura y siguen y seguirán captando la atención de las nuevas generaciones de lectores.

Por otro lado presentamos, en nuestra sección Del Árbol Genealógico, dos cuentos de Hernán Lara Zavala, escritor que dirigiera por mucho tiempo esta publicación. Sus relatos “El muerto” y “Pascua florida”, que generosamente comparte con nosotros, retratan la frontera difusa entre la vida y la muerte, entendida ésta como una suerte de vida paralela. En el mismo tono un tanto inquietante seguimos con “Los signos del tacto”, del coahuilense Antonio Sonora, y “Los toquidos”, de Gloria Marvic García, estudiante de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Las páginas centrales de la revista están dedicadas esta vez a “Rostros”, serie gráfica acreedora de mención en la categoría Viñeta de nuestro Concurso 34. De esa edición presentamos también los trabajos ganadores de mención en poesía, cuento breve, fragmento de novela y ensayo. Y para terminar, una recomendación de lectura: *Lotería del deseo*, de Eugenio Aguirre, analizada por Rodrigo Martínez. Esperamos que nuestros lectores disfruten este número, el 122 de una larga vida, y sigan participando con nosotros en este empeño editorial. ●



Dos cuentos

Hernán Lara Zavala

El muerto

Para Luis Leal y Sara G. Poot Herrera

Me encontraba en una galería. Se inauguraba la exposición de mi amiga Carolia, la pintora, que me había insistido mucho para que no faltara. Yo no me sentía muy bien pero acepté a nombre de la amistad y porque realmente me gustaba su obra. Tan pronto llegué me di cuenta de que había demasiada gente así que decidí hacer acto de presencia durante un rato, saludar a mi amiga y escapar furtivamente. Ya después regresaría a apreciar los cuadros con calma. Saludé a Carolia, fingí dar una vuelta por la exposición con el fin de escapar tan pronto encontrara la oportunidad cuando lo vi. No lo podía creer. Era él: viejo sí, pero con su actitud amable de siempre, alto, de mirada inteligente, un poco encorvado, calvo, con una guedeja blanca y una constante sonrisa a flor de labios. Tenía una copa en la mano y, como yo, se encontraba totalmente solo en medio del gentío. Lo empecé a observar desde varios ángulos: me fui acercando poco a poco y sigilosamente. Lo fui rodeando sin que se diera cuenta. No había ninguna duda: era él. Quedamos frente a frente. Al verme sonrió y pronunció mi nombre.

“Miguel”, le dije, “creí que ya estabas muerto”.

Sin ofenderse rió con ganas mirándome a los ojos. “Si así es no lo niego. Pero me temo que esta noche el muerto eres tú”. ●

Pascua florida

A Rubén Solís

Alvarito se encontraba muy preocupado. Antonio, su jefe y dueño de la tienda La Embajada en donde él servía como secretario, había salido desde las diez de la mañana en compañía de uno de sus primos de la Ciudad de México y todavía no regresaba a pesar de que ya eran más de las ocho de la noche y estaba a punto de cerrar. En el transcurso del día pasaron los de Sabritas, los de Bimbo, los de Coca-cola, los de Gamesa e incluso el agiotista del pueblo, el señor Chávez, al que le debían tres mil pesos y que fue a cobrar sus intereses sin que Álvaro pudiera darle ni un centavo pues tenía órdenes expresas de no pagar nada a menos que Antonio lo hubiera indicado previamente. Disculpándose despidió al último cliente, hizo el corte, guardó el dinero bajo llave y salió a indagar en dónde diablos podría encontrarse Antonio que jamás se ausentaba tanto tiempo sin avisar. Como sucede en los pequeños pueblos, Alvarito empezó a preguntarle a la gente si no lo habían visto. “Lo vi en La Vencedora como a eso de las tres”, le contestó algún conocido con sonrisa sarcónica. “Estaba tomando los tragos con un primo de México que creo es escritor”, comentó. Qué raro, se dijo Alvarito para sí, no creo que todavía esté allí pues Samuel Cervera siempre cierra antes de las seis. Y en efecto, llegó a La Vencedora y la cantina

ya estaba con la cortina bajada y en silencio. Con mucha pena se dirigió a la casa de Samuel y tocó en la puerta. Le abrió la esposa y cuando Alvarito preguntó por él la señora le dijo que ya estaba dormido pues había tenido un día muy pesado. “Se trata de algo urgente”, comentó Alvarito. “Mucho le agradeceré si me permite hablar con él aunque sea un momentito”. De mala gana la señora se internó en la casa y al poco rato Samuel salió en calzoncillos, ojeroso y despeinado. “Me acabas de joder la siesta”, le dijo sin mayor averiguación. “Qué quieres”. “Supe que Antonio estuvo en tu cantina y quería preguntarte si no sabes a dónde fue. Estoy preocupado porque tiene diabetes, sufre de presión alta y el doctor le tiene estrictamente prohibido tomar así que me temo que le pudo haber pasado algo”. “Pues cuando yo cerré ya andaba bien chumado”, dijo el otro. “Es más, se fue con la botella de Holcatzín en la mano rumbo al panteón pues quería que su primo visitara las tumbas de sus abuelos”.

Antonio efectivamente se encontraba en el cementerio. Su primo se había vuelto ya a Mérida en un automóvil rentado y lo había dejado en la oscura desolación y el silencio del camposanto acabándose solo la botella. Estaba sentado bebiendo cuando de súbito le pareció ver que una de las tumbas se abría y de allí emergía ni más ni menos que Pedro Toraya, mejor conocido como el “Chuga” con el que acostumbraba jugar “topo-dados”. Se restregó los ojos y preguntó: “¿Chuga?”. “El mismo, mi amigo”, contestó el otro sonriente. “¡Qué gustazo!”, exclamó y no acabó de pronunciar la frase cuando vio que se levantaba la lápida de otra tumba. No lo podía creer. Vio a Néstor Cervera, “Ziclán”, salir de la fosa completamente desnudo. “Al menos cúbrete”, lo reprendió Antonio. Y también a Alvar Buenfil, “el Much” y a William Rosado y más atrás al tío Lisandro y a la tía Chelito muy de la mano y cuando se dio cuenta todos los muertos estaban resucitando, unos acá y otros allá. “Vamos a armar la jugada aquí en el mismísimo panteón”, propuso Antonio, “al fin que me queda todavía un poco de Holcatzín para calentarles los huesos”. ●

Hernán Lara Zavala es profesor, editor, ensayista y autor de varios libros entre los que destacan los volúmenes de cuento *De Zitilchén* (1981), *El mismo cielo* (Premio Latinoamericano de Narrativa Colima, 1987) y *Después del amor y otros cuentos* (Premio José Fuentes Mares, 1994); la novela *Charras* (1990), y libros de crónicas de viajes y ensayo. Fue Director de Literatura de la UNAM de 1989 a 1997 y dirigió *Punto de partida* en el mismo periodo. Actualmente es Director General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM.

1.- Podrán participar todos los estudiantes de bachillerato, licenciatura y posgrado de México.

2.- Los trabajos deberán ser inéditos. En el caso de textos, deberá entregarse original y dos copias, escritos en computadora o máquina de escribir, a doble espacio. En el caso de viñetas y fotografías, sólo se entregará el material original. Todos los trabajos deberán ser firmados con seudónimo y entregados en un sobre que presente en el exterior el título del trabajo, la categoría en que concursa y el seudónimo del autor, y que contenga además un sobre de menor tamaño, cerrado, con los datos siguientes:

Nombre completo del autor, seudónimo, rubro en el que concursa, título del trabajo, escuela, número de cuenta, copia de credencial u otro documento que lo acredite como estudiante, domicilio particular (calle, número, colonia, delegación o municipio y código postal), teléfono y, si se tiene, dirección de correo electrónico.

3.- El tema de los trabajos es libre y su extensión deberá ser la siguiente:

Crónica: de cinco a quince cuartillas.

Cuento: de cinco a quince cuartillas.

Cuento breve: dos cuartillas como máximo.

Ensayo: de cinco a quince cuartillas.

Fotografía: una serie temática de cinco a diez originales tamaño 8 x 10 en blanco y negro.

Fragmento de novela: de diez a veinte cuartillas.

Poesía: de cinco a quince cuartillas.

Teatro: treinta cuartillas como máximo.

Traducción literaria (francés/español o inglés/español): de cinco a diez cuartillas. Deberá anexarse copia del texto en la lengua original.

Viñeta: una serie temática de cinco a diez originales en formato 1/2 carta a una tinta, en cualquiera de las siguientes técnicas: grafito, carboncillo, lápiz de cera, tinta china o acuarela.

4.- Ningún trabajo será devuelto.

5.- La fecha límite de entrega es el viernes 30 de enero de 2004. Si los trabajos son enviados por correo, se tomará en cuenta la fecha del matasellos postal. *No se recibirán trabajos durante el periodo vacacional de la UNAM (del 12 de diciembre de 2003 al 4 de enero de 2004).*

6.- El premio para cada uno de los géneros consiste en \$3,500.00 (TRES MIL QUINIENTOS PESOS M.N.), la publicación del trabajo ganador en la revista *Punto de partida*, un reconocimiento y un lote de libros editados por la Dirección de Literatura de la UNAM.

7.- El jurado podrá otorgar las menciones que considere pertinentes en cada género. Estas recibirán un reconocimiento y un lote de libros publicados por la Dirección de Literatura.

8.- El jurado estará compuesto por personas de trayectoria reconocida.

9.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer directamente a los ganadores y en los medios de comunicación.

10.- Los casos no previstos en esta convocatoria serán resueltos por la Dirección de Literatura.

Entrega de trabajos en
Revista Punto de partida
Dirección de Literatura
Coordinación de Difusión Cultural
UNAM, Zona administrativa exterior,
edificio C, primer piso
(frente al Museo de las Ciencias
Universum),
Insurgentes sur 3000, Coyoacán,
Ciudad Universitaria, 04510 México,
Distrito Federal.
Informes en el teléfono: 5622-62-01
o en cestrada@correo.unam.mx



Los signos del tacto

Antonio Sonora

UNIVERSIDAD METROPOLITANA DE COAHUILA

Tarde había comenzado a entender que iba perdiendo uno a uno los signos de su tacto: apenas ayer espaldas tan jóvenes, codicia- bles miembros, cinturas que en una noche entera había resguardado, se despoblaban sin tregua de todo lo que era la indefinible memoria de sus manos. Con ello también sus líneas, sus cicatrices. Todo lo que pensó le haría recordar en el transcurso del tiempo lo que había descubierto y acariciado: madrugadas entre muslos, tardes descritas sobre brazos. Esa indescriptible experiencia del primer contacto que a través de la noche y la sombra incendia las yemas y nos deja preguntándonos heridos aún los dedos si importa el pecado. El rostro de su madre y con él el de sus abuelos, los que tantas veces aprendió a reconocer con tan sólo tocarlos. Los húmedos frutos que resguardan un patio selvático y también un escote de mujer preciso y cercano. Así al fin, todos los atributos que llenan de significado una llaga

o una quemadura se habían apartado de pronto del espacio de sus manos. Desprovisto de historia y de suerte llegó a delirar que podría ser eterno sin principio ni pasado. La antigua quiromancia poco podía apresarlos al no tener ya caminos en donde los astros con sus constelaciones jugaran el azar de perderlo o acercarlo. Poco pudieron también después los intentos de marcar su piel o de copiarse designios inventados: a cada laceración sobrevinía en el transcurso de las horas la noche en donde todo era borrado. Marcas o dibujos, sentencias mágicas. Nada sobrevivía al milagro cotidiano de su inmutable mano limpi- síma al despertar. Cansado de sus propósitos dejó en la suerte todos sus designios, sus mandatos. Solo un día en la madrugada, un rumor de hierba creciendo y enramadas despertando empezó a poblarle los dedos como una sensación que había estado aguardando. Imposible oponerse: sus brazos se convertían poco a poco en ramas, creciendo de sus venas como una corteza nueva. Cada espacio de su cuerpo se veía amenazado por distintos sentidos, por diferentes emociones que avanzando como una savia silenciosa reptaban sin retroceso. Al paso del tiempo de esa madrugada nadie escuchó un hombre gritar desconcertado cuando las ramas de una naturaleza distinta le fueron devorando el pensamiento. Nadie comprendió luego por qué ese árbol en medio de la casa había aparecido rompiendo la duela. Mucho tiempo después, al estar la casa deshabitada encontraron el cuerpo desnudo de un hombre viejo con las palmas de las manos tatuadas con la figura de un árbol. ●

Dibujo de Yadith Río de la Loza Gálvez, ENAP



Los toquidos

Gloria Marvic García

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

Escurren gotas de agua por mi rostro y observo cómo se drenan lentamente por el lavabo amarillo y pestilente, por décadas han llevado estas tuberías pedazos de nuestra piel, agua salada que encierra nuestro sudor, cabellos mojados sucios y rotos. A veces sonrío, cómo no van a oxidarse las tuberías si con tantos fluidos que corren por ellas pudiesen reconstruir un cadáver de familia, un hijo de drenaje de nuestra dinastía disuelta. Es el encanto de las casonas viejas que con el tiempo se convierte en maldición.

Como último miembro de la familia debo recoger con cuidado las goteras, paredes agrietadas, muebles que lanzan alaridos por su madera y hierro decadentes, pisos hundidos y cadáveres de tiempo enterrados en el jardín.

Soy el único, el solo, el borde del muro en donde la enredadera se anudó.

Nunca quise creer que las imágenes de tantos años rondaran por la casona. Cuando un recuerdo que alguien abandonó al morir aparecía yo le daba la espalda con terror. Lucía, la señora que hace la limpieza, siempre me reclamó el ignorar esos pasados, me decía:

—Señor, si no escucha siguen rondando por la casa hasta que vengo yo y entonces limpio con mi mirada todas esas imágenes que usted ha dejado regadas por el miedo, ellas no desaparecen hasta que alguien las recoge con los ojos, los oídos o la espalda, entonces se van con uno, con la esperanza de que cuando uno muera ellas puedan llegar con sus dueños. Allá donde van los muertos.



Dibujos de Jonathan Pérez Bello, ENAP

—Los muertos no van a ningún lado, Lucía —me aferraba—, terminan en la tierra, terminan en cenizas, se funden con el mar o son devorados, no me vengas con historias.

—Como quiera, mientras me va a tener que pagar un poco más, patrón, por recoger su tiradero de fantasmas.

Yo lo hacía servilmente sin replicar porque esas monedas extras tranquilizaron mi vida durante los años que viví en la casona, por lo menos hasta que Sofía me abandonó. Yo tenía que vivir como lo hace alguien que cumple con una maldición y sin darme cuenta me acomodé a los mitos de la gente. Sí, como ellos creían, yo era flaco, ojeroso, lánguido, y gastaba las monedas que quedaban de la herencia. Seguí a la perfección el oráculo. Todos los hombres que nos convertimos en fantasmas involuntarios cumplimos con una manía. La mía llegaba con la hora de los lobos, la que dicen llega cuando escuchas el susurro aterciopelado de la noche que lentamente se convierte en tu propia voz. Algunos juran que es en esa

hora cuando te hundes en las sábanas aterrado por encontrarte con la imagen descarnada de ti mismo.

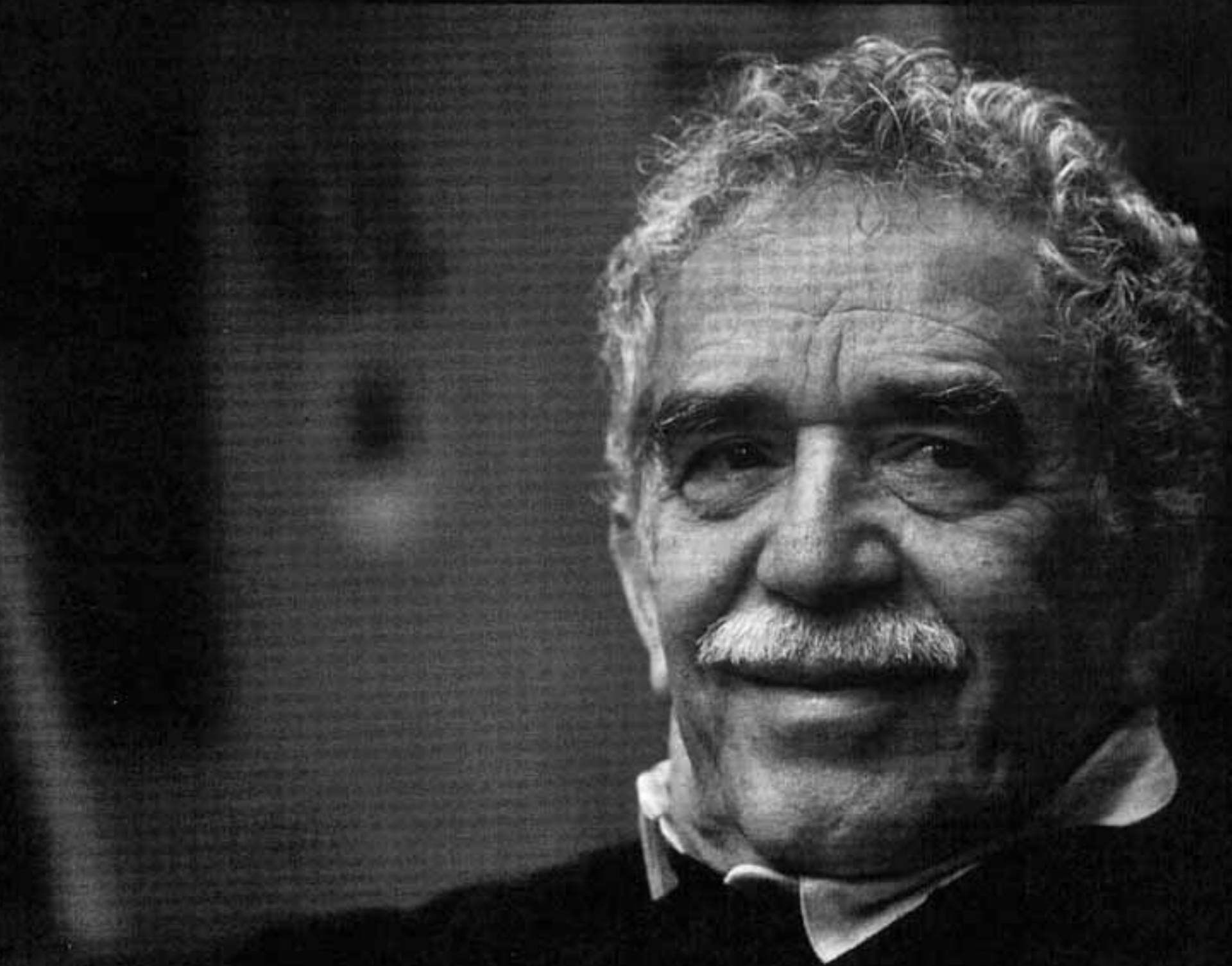
Yo huía a la hora de los lobos, puntualmente enjuagaba mi rostro dejando correr con el agua ese espacio en el tiempo. Todas las noches a la misma hora despertaba mi cuerpo y mientras llovían en el lavabo gruesas gotas de mi piel, me convencía de esperar bien despierto ese momento; juré no dejarme caer en el desierto de la oscuridad, y curiosamente la tea que me libraba de los lobos estaba hecha de agua.

He perdido la cuenta de los años que llevo enjuagando mi miedo. Ahora me parece una eternidad, desde hace un tiempo escucho entre el sonido del agua que corre unos toquidos insistentes en la puerta y una voz que asemeja a la de mi madre me susurra en medio de un llanto casi seco: —¡Déjate morir, hijo! ¡Déjate morir! Pero los lobos pueden presentarse como sirenas, como los seres a los que más has amado, incluso como vivos, como mi madre que insiste en tocar mi puerta, aullido de madera que disuelvo lentamente en este drenaje amarillo, fétido, maldito. **P**



Homenaje a Gabriel García Márquez

Foto: Ulises Castellanos



Los textos siguientes fueron leídos en la mesa "Gabriel García Márquez y las trampas de la ilusión", homenaje al escritor colombiano organizado por la Delegación Coyoacán y la Universidad Nacional Autónoma de México, como parte de la II Feria de las Letras de Coyoacán que se realizó en marzo de 2003.

Del ángel de la ilusión

Juan Pablo Muñoz

A caso nadie sepa qué es la realidad, y sin embargo, no resulta imposible reconocer un árbol, una nube o un amigo entre las muchas cosas que hay en torno a nosotros.

Perdidos, incapaces de responder las preguntas mínimas acerca del mundo y la vida, habitamos un espacio y un tiempo, nos relacionamos con los demás, platicamos, inventamos el amor, hallamos poemas y meditamos entre sombras. Que ya nadie lo dude: de la realidad depende nuestra existencia, nuestros mínimos placeres y nuestros grandes dolores. A pesar de ignorarlo todo (ni siquiera en los sueños puede haber certezas), el escritor se aventura a inventar, por medio de palabras, mundos extraordinarios, mundos que huyen de lo cotidiano, a pesar de que intenten, a su manera, ser un reflejo insuficiente de lo que sucede todos los días. Cada hombre es el personaje de una historia única e irrepetible. La literatura no alcanza para dar cuenta de todos los excesos, de todas las alegrías, de todos los íntimos instantes de los hombres —la literatura se encarga no solamente de lo que ocurre, sino también de lo que jamás sucederá. Contrario a lo que suponen los mal informados, nadie puede sobrevivir sin literatura; ésta es, al igual que el agua y el aire, la sustancia que nos permite seguir aquí, entre tinieblas inexorables, a la expectativa, siempre a la expectativa de algo que no sabes qué es.

Me siento obligado a hacer una aclaración inaplazable: la literatura no está únicamente en las páginas de los libros. Cada una de las historias que me han contado y que he imaginado, cada uno de esos relatos casi verdaderos, casi falsos, que me han se-

ducido, los he hecho parte de mí (algunos chismes alcanzan la categoría de novela; un ejemplo magistral: *Crónica de una muerte anunciada*). Yo no soy originario de Macondo (en mi partida de nacimiento leo que soy mexicano). Tampoco soy coronel (mi trato con el ejército ha sido nulo). No ostento por nombre el de Aureliano Buendía (no necesito leer, de nuevo, mi partida de nacimiento para salir de dudas). Debo advertir, además, que nunca he comparecido frente al paredón de fusilamiento (desconozco, incluso, las causas impostergables de mi muerte futura, de la que no sé absolutamente nada). Sin embargo, no podría negar —¡no se me tome por loco!— que mi padre me llevó, hace muchos años, a conocer el hielo. Con las siguientes palabras comienza la novela más emocionante de García Márquez: “Muchos años después, frente al paredón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”. *Cien años de soledad* perdura en mi memoria con una intensidad parecida a la de un beso deseado y correspondido. No recuerdo la genealogía exacta de los personajes —sus aventuras y desventuras, sus amores y sus batallas—, pero me basta cerrar los ojos si deseo caminar, de nuevo, por las calles de Macondo —escucho ahora mismo, por ejemplo, la música de sus pájaros. La población de Macondo, según mis cálculos demográficos, es bas-

tísima: cada uno de los lectores de *Cien años de soledad* ha llegado para quedarse.

Un verdadero escritor —Gabriel García Márquez es un escritor verdadero— construye espacios imaginarios para que nosotros, los lectores, pobleemos las calles, las casas y los jardines de sus historias, de sus relatos y novelas; pero no sólo esos lugares, esos espacios físicos; también y de manera más importante, las vidas de los personajes.

Lo que nunca nos será concedido en esta vida —conocer con amplitud lo que acontece a los demás— es posible gracias a esa construcción literaria llamada novela (la literatura, sin embargo, también aprovecha la duda, lo incierto, lo irresoluble como materia prima, como asunto para la narración). La realidad, de la cual no sabemos nada, de la cual somos a final de cuentas víctimas, no es enemiga de lo literario; puedo afirmar, en cambio, que suscita cada uno de los pasajes de ese ilimitado ámbito que es la literatura. Uno de los cuentos de García Márquez que más me gustan se llama “Un señor muy viejo con unas alas enormes”. Recuerdo con especial cariño este cuento porque fue uno de los primeros que conocí del autor colombiano. Y ahora regreso a él.

Ignoro si la infancia es un territorio único, ahora lejano, que se presenta con las mismas características para todos; si esto es cierto, si para cada uno de nosotros la infancia fue algo parecido, nadie

ha de contradecirme si me atrevo a asegurar que los ángeles eran cosa de todos los días: uno podía escalar los árboles, o pasar las noches más oscuras a solas en un cuarto apartado, o fingir absoluta demencia al momento de las preguntas más comprometedoras porque un ángel, del cual podíamos hacer, incluso, una descripción pormenorizada, no vacilaba en proporcionar la protección y el alivio requerido; subíamos tranquilos por las ramas de

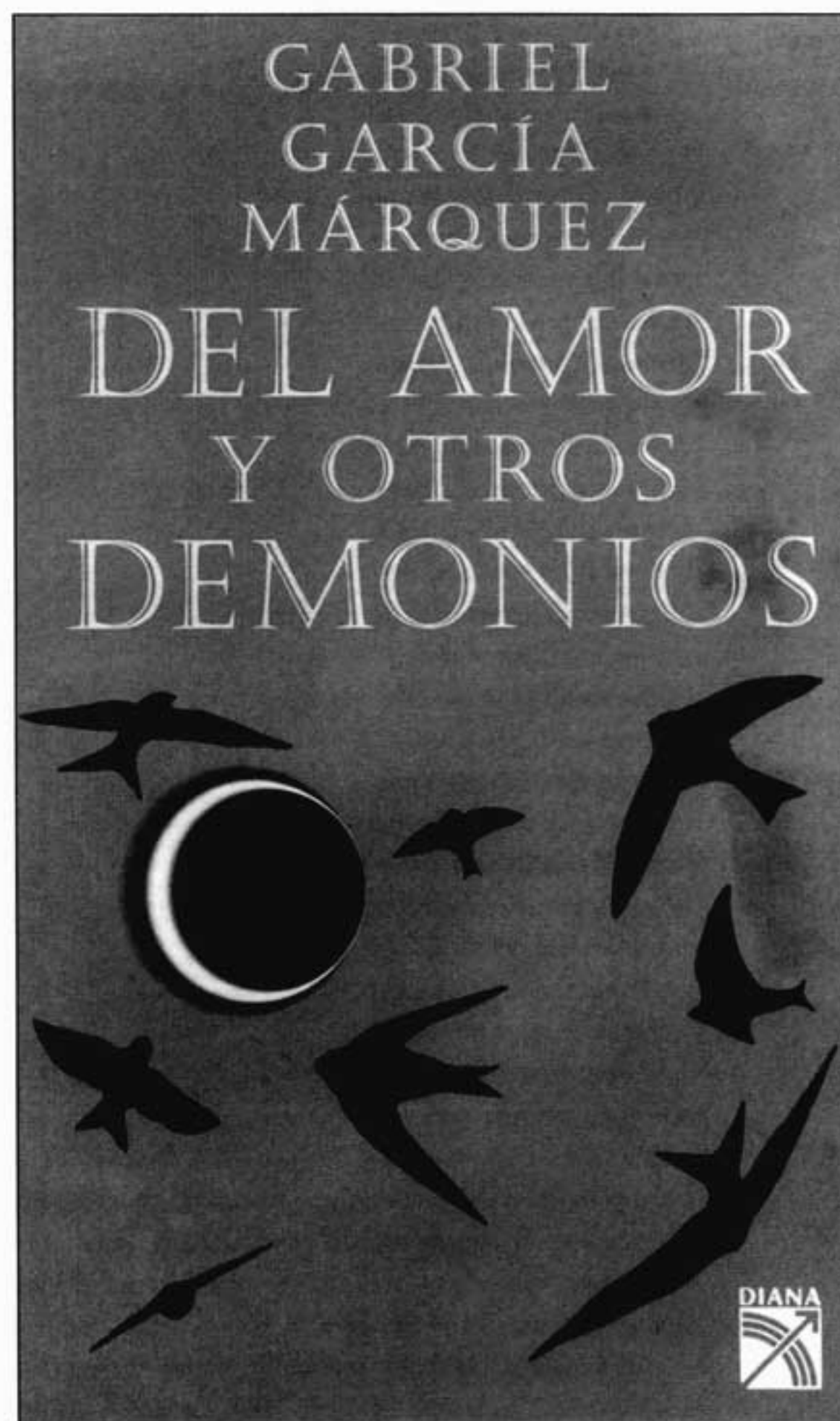
ese árbol, dormíamos con los dos ojos totalmente cerrados (no hacía falta intuir la presencia de algún monstruo) y mentíamos sin malicia; y todo esto, al cobijo de las alas benefactoras de un ángel señalado. En el cuento de García Márquez hay, desde luego, un ángel, pero tan distinto a los de la infancia —nuestra infancia— que cuesta trabajo reconocer en él algún atisbo de la presencia divina: “Estaba vestido como un traperero. Le quedaban apenas unas hilachas descoloridas en el cráneo pelado y muy pocos dientes en la boca, y su lastimosa condición de bisabuelo ensopado lo había desprovisto de toda grandeza. Sus alas de gallinazo grande, sucias y medio desplumadas, estaban encalladas para siempre en el lodazal.”

La realidad del cuento —la vida cotidiana de los personajes— se trastorna con la llegada de este insólito ser. Un problema terreno —la preocupación de Elisenda por la precaria salud de su hijo— adquiere un sentido nuevo como resultado de esta



visita. La vecina advierte que ese ángel —porque ella no duda que ese hombre escuálido, grotesco, es un ángel— ha venido para llevarse al infante moribundo; por tanto, el marido de Elisenda, antes que decidirse por el asesinato, opta por encerrarlo: “Pelayo estuvo vigilándolo toda la tarde desde la cocina, armado con su garrote de alguacil, y antes de acostarse lo sacó a rastras del lodazal y lo encerró con las gallinas en el gallinero alambrado.” ¿Quién se atrevería a mirar el rostro de un ser sospechoso, de ser ángel, a encerrarlo, a pesar de las dudas, de las herejías que seguramente acompañan este acto, en el mismo sitio donde habitan unas gallinas que nada saben acerca de las ciencias teológicas, de los aspectos más sagrados del cosmos? Acepto la siguiente objeción: nuestra realidad no da para tanto. Sé bien que nunca seré niño de nuevo; mis visiones de entonces no volverán; la inocencia es un estado transitorio. A pesar de que la compañía de los hombres y las mujeres me agrada, no encuentro en sus rostros una señal mínima que me haga suponer que posean una naturaleza angelical; por eso recurro, a pesar de que no soy un hombre religioso, al relato del colombiano. El cuento de García Márquez me permite, desde la realidad, disfrutar de esa presencia extraordinaria —la de un probable ángel— por medio de la literatura (nadie puede vivir sin un poco de ficción). No me propongo contar aquí cada uno de los pasajes “mágicos” del cuento —García Márquez lo ha hecho ya magistralmente y no hay necesidad de que yo reformule la historia—, sin embargo, hay todavía algunas cosas que me gustaría decir antes de concluir este breve ensayo. Adelanto que no diré cómo concluye el cuento —sólo diré que tiene que ver con que ese “señor muy viejo con unas alas enormes” se dedica o no a volar. A pesar de mi lectura, de mis varias lecturas, todavía no sé si el personaje, a pesar de sus alas, es o no un ángel. Nadie que conozca algo de literatura se escandalizará por esto, porque nunca nos lo dice todo. La realidad es, a pesar de lo que opinan muchos, un territorio por descubrir. ¿Qué decir, entonces, de la

ficción literaria, tan próxima a la realidad, y a la vez su aparente opuesto! Quien viaje por las páginas de cualquier obra de Gabriel García Márquez se encontrará a sí mismo en contacto con la literatura. Es mi deseo que la ilusión —el ángel de la ilusión— los proteja y acompañe en cada uno de sus futuros viajes. ●



Las estrategias de la ilusión

Eduardo Uribe

Cuando me invitaron a esta mesa, aún sin saber qué es lo que iba a hacer, decidí leer una de las obras de García Márquez que todavía no conocía: *Del amor y otros demonios*. Curiosamente, fue esta novela la que me dio la clave de lo que debía comentar sobre nuestro querido Gabo. Conforme me adentraba en el libro noté que me pasaba algo raro y que se debía a que las ilusiones creadas por García Márquez son tan intensas que uno ya no quiere dejarlas. Nos sentimos bien en esas ilusiones y cuando cerramos el libro y volvemos a la realidad sentimos que el mundo está mal hecho. Siempre he creído que se escriben y se leen historias porque el mundo nos supera, se nos escapa de las manos; en cambio, en la literatura, concretamente en las novelas, el mundo es algo que podemos controlar: literalmente lo tenemos en las manos. No es algo casual que como lectores poseamos la decisión de entrar o salir de un libro, pues eso afirma que somos nosotros quienes decidimos el mundo que queremos habitar. Y lo que hace todo novelista es crear pequeños mundos en los que cabemos. Claro está que no todos los mundos creados por los escritores nos gustan. Entonces uno tiene la decisión de dejar el libro y meterlo como calza de la cama para que no se mueva.

Por eso la censura es una de las peores enfermedades que podemos tener, porque al sernos negado el acceso a un libro, en realidad se nos está negando la entrada a un mundo posible, a uno que sí nos gustaría habitar. Leer es, ante todo, ser libres. Algunos dirán que me curo sin estar enfermo por-

que la censura ya no existe y que cuando se presenta más bien favorece la venta millonaria de libros. Sí, es cierto, pero yo pienso en esa otra forma de censura que consiste no en prohibir los libros, sino en ponerlos fuera del alcance de los lectores. Pienso en los sesenta millones de mexicanos que por vivir en la miseria no saben lo que es un libro. Pienso también en otros treinta millones de mexicanos, entre los que me cuento, que debemos sortear muchos obstáculos para llegar a esos mundos en los que seríamos más felices. Mirada de esta manera, veríamos la censura no como una prohibición, sino como una imposibilidad de la lectura. Y menciono esto porque me parece fundamental hacerlo cuando se habla de un escritor que, ante todo, se caracteriza por la libertad de sus narraciones. Pero, ahora sí, voy al grano.

A mí me gustan los mundos de García Márquez y no los tengo arrinconados bajo la cama o en el baño, sino bien acomodados en un librero; me gustan sus ilusiones y es por eso que me he propuesto describir algunas de las cosas que producen efectos mágicos y alucinantes en esos mundos imaginados y queridos. Así que empiezo con algo que me llamó la atención en *Del amor y otros demonios*, para luego pasar a otras obras.

El personaje más importante de esta novela tiene el exótico nombre de Sierva María de Todos los Ángeles. Ya desde el nombre, este personaje nos habla de la rareza como una de sus cualidades. Lo curioso de esta muchacha es que, por no ser una hija deseada, es criada como expósita, casi como una

Gabriel García Márquez



Ojos de perro azul

Diana

huérfana, y desde niña queda a cargo de una esclava. Es por eso que “aprendió a bailar desde antes de hablar, aprendió tres lenguas africanas al mismo tiempo, a beber sangre de gallo en ayunas y a deslizarse por entre los cristianos sin ser vista ni sentida, como un ser inmaterial”. Así que a pesar de presumir ser la sierva de *todos* los ángeles, es una clara practicante de la santería y de una mezcla simpatiquísima de rituales africanos (uno de ellos consiste en comer varias cebollas al día y por eso la muchacha suda con un olor que ninguna mujer desearía). Por si fuera poco, en el pueblo se cree que esta sierva de los ángeles es, más bien, sierva del demonio y está poseída por él. De tal manera, podríamos establecer *la rareza* de los personajes como una de las estrategias de la ilusión utilizadas por García Márquez. De paso menciono que muchas de estas rarezas están sustentadas en un principio de contradicción. ¿Qué quiero decir con esto? Me explico y pongo varios ejemplos. Así como esta muchacha

que debería ser sierva de los ángeles crece practicando rituales africanos y se cree habitada por el diablo, hay otros personajes extraños que nacen de una contradicción o de la unión de opuestos. Esta contradicción, imposible en la vida real, es precisamente la que nos hace ver en los personajes un efecto mágico. En el cuento “Un señor muy viejo con unas alas enormes” tenemos un ángel tan humano que muchos dudan que se trate, en verdad, de un ser divino. Incluso la gente del lugar se debate en si es un ángel caído o, como lo dice el título del cuento, sólo un viejo con alas muy grandes como las de los buitres (gallinazos, dicen en Colombia), por eso se le insulta y es aprisionado para exhibirlo como si fuera una atracción de circo. La contradicción mágica de este personaje es la de ser un ángel terrenal. En *Los funerales de la Mamá Grande* tenemos a una mujer, la Mamá Grande, que sobrevive de tanto agonizar y por eso ve morir a sus descendientes. Todos esperan que muera pero la mujer es terca y su agonía se vuelve todo un ejemplo de sobrevivencia. En los primeros cuentos de García Márquez, *Ojos de perro azul*, nos encontramos con “La tercera resignación”, una narración rara porque se trata de un joven que padece la enfermedad de “una muerte viva”, y es algo cercano al coma, pero como este “muerto” tiene la conciencia de estar muerto, pues en realidad está vivo. Es, de verdad, un muerto viviente que nada tiene que ver con las alucinaciones hollywoodescas de zombis o de monigotes que resucitan para iniciar una carnicería; se trata sólo de un muchacho que sufre mucho porque ya no sabe si está vivo o realmente muerto. Incluso en *Crónica de una muerte anunciada*, que es una narración menos mágica e irreal que otras obras de García Márquez, el protagonista, Santiago Nasar, es la inesperada víctima de un asesinato sobrentendido y anunciado. De tal manera que mientras todos saben que Santiago va a ser asesinado, él se pasea, claro, porque ignora que unos tipos bastante machitos quieren destriparlo para lavar la deshonra de su hermana. Si nos fijamos, también aquí hay cosas que parecen ser contrarias, pero en la prosa de García Márquez están

unidas de tal manera que producen una rareza y una tensión en las situaciones y en los personajes que uno difícilmente puede alejarse de esa ilusión. Así podrían seguir los ejemplos pero prefiero pasar a otra cosa.

Otra estrategia de la ilusión consiste en la desproporción. Uno de los aspectos que más sorprenden al lector al acercarse a las obras de García Márquez es la cantidad de cosas que caben en sus libros. Caben tantas que, mientras avanzamos en la lectura, realmente llegamos a creer que frente a nosotros se está inventando un mundo, y ese desfile de cosas nos produce el efecto de que algo es irreal y mágico. Eso es lo que pasa en *Cien años de soledad*. Como se trata de la historia de Macondo, el narrador debe dejar constancia de todo lo que está vinculado con el pueblo: de tal manera que nos describe las generaciones de los Buendía, la situación geográfica con ciénagas y manglares, los inventos mostrados por los gitanos, los animales, las historias personales con sus amores y sus desilusiones, la historia colectiva, marcada por la entrada de los ferrocarriles y las compañías bananeras. Ahora bien, el narrador manifiesta la desproporción o lo exuberante con minuciosas descripciones y enumeraciones, como si su voz fuera la de alguien que realiza un inventario y dice "hay esto y esto y esto". Pero si nos fijamos, tanto la enumeración como la descripción son rasgos de la novela, así que habría que preguntarnos qué es lo que hace que en García Márquez eso parezca irreal. Lo que vemos es que, sobre todo en *Cien años de soledad*, las cosas son descritas desde su origen, como si se tratara de una fundación, y eso es lo que permite que en la narración haya cosas dispuestas de una manera que en la realidad no es posible. Con *Cien años de soledad*, García Márquez ha creado un mundo que se acerca al de los mitos. Por ejemplo, algo que favorece esta idea es la ya tan conocida lluvia de Macondo, que, como señala Mario Vargas Llosa, parece ser un verdadero diluvio bíblico. En Macondo llovió "cuatro años, once meses y dos días" y en ese mundo esto es algo mágico pero posible. No me gustaría pensar qué haríamos en la Ciudad de

Gabriel García Márquez



Crónica de una muerte anunciada

Diana

México con algo parecido, pues apenas llueve unos minutos y ya todo es un caos. En el mundo real no es necesaria esa desproporción, porque basta con que llueva unos quince minutos para que todo se paralice: choques, apagones, gente que no llega al trabajo o a la escuela, amantes que nunca se volverán a ver porque llegan tarde a una cita.

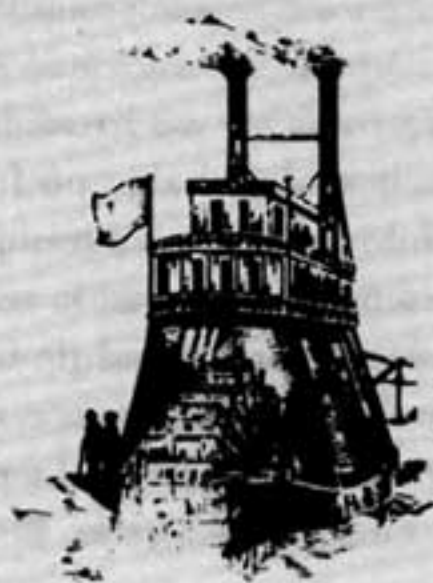
En fin, éstas son sólo algunas de las estrategias de la ilusión y son ellas las que nos enganchan a los mundos de García Márquez, són trampas que nos hacen volver una y otra vez a esos mundos mágicos. Y aunque sepamos que son irreales no importa, es precisamente esa irrealidad la que nos hace ver que en la realidad algo no funciona. Y creo que todos hemos caído en esa trampa, porque más de una vez hemos deseado que la realidad se pareciera un poco más a la irrealidad de Gabriel García Márquez, y también, cuando llueve, nos gustaría que el caos de la vida en la ciudad fuera más llevadero, como en la lluvia de Macondo. ●

Los sueños de Gabriel García Márquez

Daniel Zavala

El amor en los tiempos del cólera

GABRIEL GARCIA MARQUEZ



El escritor argentino Jorge Luis Borges, uno de los mayores genios de la literatura latinoamericana y universal, consideraba que los procedimientos para crear textos del género fantástico se reducían a unas cuantas posibilidades. Entre éstas destacan las cuatro siguientes: a) una obra de arte dentro de la misma obra de arte; b) la existencia de un doble; c) el viaje en el tiempo, y d) la entrada de los sueños en el mundo de la realidad.

El interés de Jorge Luis Borges por el tema de la irrupción de los sueños en nuestro mundo se manifiesta, además de en su propia obra, en dos libros: la *Antología de la literatura fantástica* (1940) y los *Cuentos breves y extraordinarios* (1955). Borges preparó ambos volúmenes al lado de su mejor amigo, Adolfo Bioy Casares, y en ellos reunieron narraciones oníricas de las más diversas procedencias: desde la China antigua y la Arabia de las *Mil y una noches*, hasta las literaturas europeas del siglo XX.

Uno de los textos que recoge en la *Antología de la literatura fantástica* es el extraordinario "Sueño de la mariposa" del filósofo chino Chuang Tzu, quien vivió en el siglo IV a.C. El cuento se compone de solo un par de líneas, las cuales dicen: "Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y había soñado que era Tzu."

Más inquietante todavía es un fragmento que Borges toma de la obra de Samuel Taylor Coleridge. El poeta inglés escribió: "Si un hombre atravesara el Paraíso durante un sueño, y le dieran una flor como

prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?"

No puedo asegurar de manera irrefutable que el interés de Gabriel García Márquez por el universo de los sueños haya nacido de una lectura de la *Antología de la literatura fantástica* de Borges. Pero ya que comenzó su carrera literaria hacia la década de 1950, es muy probable que la haya conocido. También es posible que su acercamiento al mundo de lo onírico se deba a libros de tradiciones y países que no estoy tomando en cuenta ahora. O quizás provenga de la corriente estética del surrealismo, nacida menos de treinta años antes en Europa. Lo que resulta definitivo es que uno de los elementos constantes desde las primeras obras del colombiano es el mundo de los sueños, ya sea en sus textos del género fantástico propiamente o en aquellas obras más cercanas al realismo.

En *Cien años de soledad* (1967), por ejemplo, el patriarca de la familia protagonista, José Arcadio Buendía, tiene durante semanas "el sueño de los cuartos infinitos". Sueña que se despierta en un cuarto y va a abrir la puerta. Al hacerlo, se encuentra en un cuarto igual al anterior, donde abre una puerta idéntica y pasa a un cuarto exacto al que dejó. Y así continúa de manera indefinida, hasta que le toca el hombro Prudencio Aguilar, personaje a quien asesinó en un duelo de honor, y comienza un recorrido inverso a través de los cuartos infinitos, hasta llegar al primero, el cuarto de la realidad, y puede por fin despertarse. Una noche, sin embargo, Prudencio Aguilar le toca el hombro en un cuarto intermedio que, equivocadamente, piensa es el real, y no vuelve a despertar: ésa es la noche en que José Arcadio Buendía muere.

En otra de sus obras, *El general en su laberinto* (1989), el Libertador tiene un sueño repetido cada vez que duerme en lo que llama "el cuarto de las pesadillas", pues siempre que reposaba en él soñaba que una mujer de cabellos iluminados le ataba una cinta roja en el cuello, hasta que la angustia de la pesadilla lo despertaba. Y cuando se dormía, el sueño recomenzaba hasta que la angustia de la pesadilla lo despertaba, y así hasta el amanecer.



En *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), el coronel revive en un sueño la conversación que sostuvo con el duque de Marlborough, un "inglés disfrazado de tigre que apareció en el campamento del coronel Aureliano Buendía". Cuando su mujer le dice que había delirado de fiebre durante la noche, él le miente: le dice que no era fiebre, sino que otra vez había tenido el sueño de las telarañas. Algunos han querido ver en ese sueño de telarañas un símbolo del estado indefenso y de la frustración por la miseria en que se halla el coronel.

Hay también dos sueños curiosos, pues son repeticiones de sucesos vistos u oídos: en *La mala hora* (1962), César Montero sueña con elefantes que sólo

conoce por una película que vio en el cine local. Y en *El otoño del patriarca* (1975), el protagonista sueña con un suceso histórico idéntico al que le había leído el ministro de Salud. Se trata de un asesinato que el patriarca ve repetido en su sueño. Mientras sueña, el patriarca se mira a sí mismo en una casa enorme y vacía; de pronto, se haya circundado por unos hombres pálidos de levitas grises, quienes sonríen y le apuntan con unos cuchillos de carnicero.

En las primeras líneas de *Crónica de una muerte anunciada* (1981), se dice que Santiago Nasar soñaba siempre con árboles y que en la madrugada del día infausto “había soñado que atravesaba un bosque de higuerones donde caía una lluvia tierna, y por un instante fue feliz en el sueño, pero al despertar se sintió por completo salpicado de cagada de pájaros”. Asimismo, Plácida Linero, madre de Santiago Nasar, tenía “una reputación muy bien ganada de intérprete certera de los sueños ajenos”, siempre y cuando se los contaran en ayunas.

Uno de los cuentos de García Márquez que más me seducen es “Ojos de perro azul”, que escribió en 1950 y forma parte del libro del mismo nombre. En este texto se relata la historia de una pareja que, desde hace años, se encuentra noche a noche. Nunca se nos dice que están enamorados, pero no es difícil intuirlo, y sus reuniones —nos explica el narrador— terminan siempre “con el caer de una cucharita en la madrugada”.

El drama que vive esta pareja es el persistente, el tenaz deseo de encontrarse durante la vigilia sin poder lograrlo. Él ha acuñado una clave secreta que les permitirá identificarse en el mundo de quienes no duermen: la frase “ojos de perro azul”. Sin embargo, ellos no saben en qué país habitan para poder dirigir la búsqueda a un lugar concreto y, además, él olvida siempre la clave una vez que despierta. Cada una de sus reuniones comienza con el desconcierto de él, pues durante los primeros segundos no puede recordar nada. Sin embargo, al observar la mirada de la mujer por unos instantes, le viene a la cabeza una frase que siente que jamás olvidará: “ojos de perro azul”. Ella lo escucha y dice que ha

escrito esas cuatro palabras por todas partes, pero lamenta su incapacidad para recordar en qué ciudad lo ha hecho.

La mujer ha escrito la clave en los cristales empañados de los hoteles, de las estaciones, de los edificios públicos. En los restaurantes, cuando el mesero se acercaba a tomar la orden, pronunciaba las cuatro palabras, esperando la consumación del encuentro, y ante la reverencia respetuosa o indiferente de los mozos, se dedicaba a anotarlas en las servilletas o trazarlas a punta de cuchillo en el barniz de las mesas. Hay, pues, una ciudad donde esa frase debe estar escrita en todas las paredes.

En una ocasión, la mujer percibió en una farmacia el mismo olor de la habitación donde se encuentran, y sintió que él debía estar cerca. Ella se aproximó al dependiente y le dijo que siempre soñaba con un hombre que le decía “ojos de perro azul”. El hombre de la farmacia le dijo que, en realidad, ella tenía los ojos así. Luego, ante la inmediata indiferencia del dependiente, sacó el lápiz labial y anotó, sobre el piso recién limpiado, las cuatro palabras. Molesto, el hombre le entregó un trapo húmedo y la obligó a limpiar el embaldosado, mientras ella repetía la frase y la gente se reunía pensando que era una loca.

Mario Vargas Llosa ha dicho que “Ojos de perro azul” es, entre los primeros cuentos de García Márquez, el más pobremente realizado, el de estructura más confusa. No estoy del todo de acuerdo: a mí me parece que es un gran cuento sobre los amores imposibles y, casi como consecuencia, un gran cuento sobre el tema de la soledad del hombre.

Uno de los símbolos que usa García Márquez para expresar esa soledad es el espejo. Éste es, de algún modo, un emblema de la relación con el yo, pero también con los otros. Y no es casual que el cuento comience con la imagen del hombre que le está dando la espalda a un espejo. Mientras tanto, ella tampoco lo observa directamente: lo ve sólo a través del reflejo del cristal y únicamente puede percibir su espalda. Por lo tanto, al principio del cuento no hay entre ellos un verdadero encuentro,

quiero decir, un auténtico cruce de miradas, ese otro espejo donde pueden reunirse los amantes.

Además, el hombre no sólo está de espaldas a un espejo, sino dirigiendo su rostro a un muro. Él quiere imaginar por un momento que esa pared es también un espejo desde el cual puede mirar, aproximarse a la chica. Pero es una ilusión: un espejo opaco, un falso espejo y, a final de cuentas, la pared es otro símbolo de la separación de esos amantes, del aislamiento y la soledad.

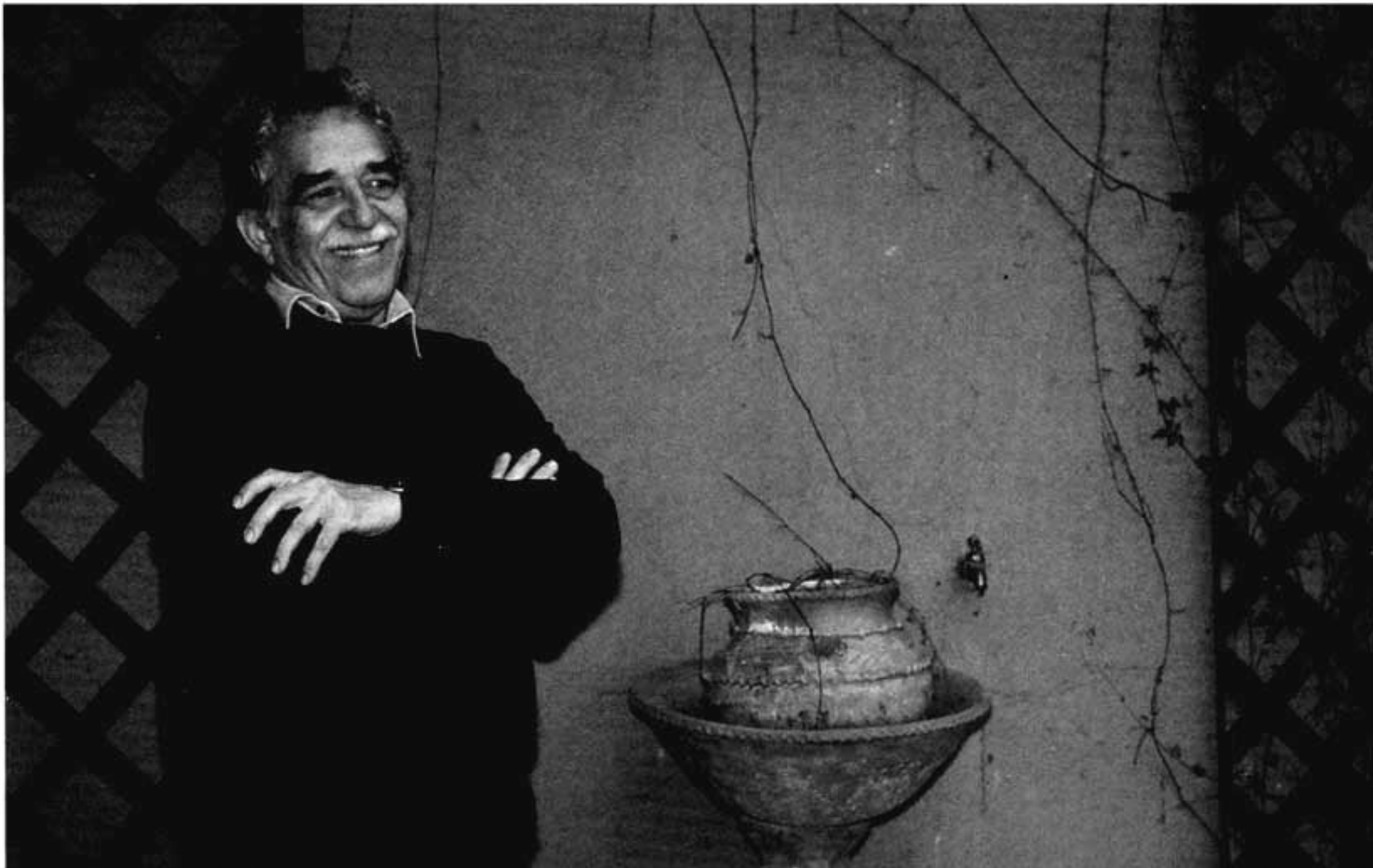
En los párrafos anteriores han surgido constantemente dos conceptos: soledad y amores imposibles. Los dos aparecen con relativa frecuencia en la obra de García Márquez. Sobre el primero baste recordar el título de su novela más celebrada: *Cien años de soledad*. Sobre los amores imposibles, aclararé que, en realidad, en algunas de sus obras son casi imposibles. En *Crónica de una muerte anunciada*, Ángela Vicario y Bayardo San Román logran concretar su cariño luego de diecisiete años y casi dos mil cartas de amor que ella había enviado y que él nunca quiso abrir. Y en *El amor en los tiempos del cólera*, Florentino Ariza y Fermina Daza tienen su primera noche

de pasión después de una espera fervorosa de cincuenta y tres años, siete meses y once días.

En este sentido, "Ojos de perro azul" es un cuento trágico en verdad, pues nunca asoma la posibilidad de que haya, algún día y en algún lugar, una reunión de los amantes. Durante su charla, la mujer le pide: "Si alguna vez nos encontramos pon el oído en mis costillas, cuando me duerma sobre el lado izquierdo, y me oirás resonar. Siempre he deseado que lo hagas alguna vez." Sin embargo, no parece probable que él logre hacerlo, pues se nos dice al final de la historia que es el único hombre del mundo que, al despertar, no recuerda nada de lo que ha soñado.

Estas palabras, desde luego, son la síntesis de la tragedia de este hombre. Pero no es fácil que nosotros la entendamos, pues todos conseguimos, de vez en cuando, recordar nuestros mejores sueños y nuestras pesadillas más terribles. Se me ocurre que su drama debe ser, de alguna manera, muy parecido a la amargura que sentimos al tener un sueño muy, muy dulce y despertarnos, y al deseo de dormir de inmediato para recuperar ese sueño querido, y a la imposibilidad de lograrlo. ●

Foto: Ulises Castellanos



**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO  DE

PARTIDA

Punto



punto 
DE PARTIDA



Concurso 34

Cuarta entrega

Rostros / Mención en viñeta

Alejandro Trejo Candelas, Artes Visuales
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM
Jurado: Sol Garcidueñas y Santiago Ortega

Me bañas con tus manos de nube / Mención en poesía

Everest Landa Vargas, Comunicación
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM
Jurado: Francisco Martínez Negrete y Eduardo Uribe

Amor / Mención en cuento breve

Édgar Omar Avilés Martínez, Comunicación Social
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

El jardín del diablo / Mención en fragmento de novela

Teoshia Bojorquez Chapela, Lengua y Literaturas Inglesas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Jurado: Mónica Lavín y Joaquín-Armando Chacón

La guerra Estados Unidos-Irak: ¿necesidad o necesidad? / Mención en ensayo

Juan Gabriel Segovia, Derecho
Universidad de Guanajuato
Jurado: Marcela Palma y Sara Ríos

Rostros

Alejandro Trejo Candelas

ESCUELA NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS, UNAM













Me bañas con tus manos de nube

Everest Landa Vargas

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES ACATLÁN, UNAM

Me bañas con tus manos de nube,
de día rojo, ancho.

Las alas de tu tiempo se pelearon
tras el telón de un pasado.

Bebes noches para mí.

Y la baba de tu coraje
se me queda en las uñas
con las que arañó los ojos de la ciudad.

Mis rodillas no se cansan de cantarle a tu virgen,
mi lanza de rozar en tus bohemias,
mi aurora de sostener tu limpieza sexual,
mi plata de temerse en tus vidas.

Te di los pendientes que contienen mi mar
para que escuches mi oleaje
quebrado de siglos.

Porque debes advertir
mi humo y mis alas,
tu bala y tus lumbreras;

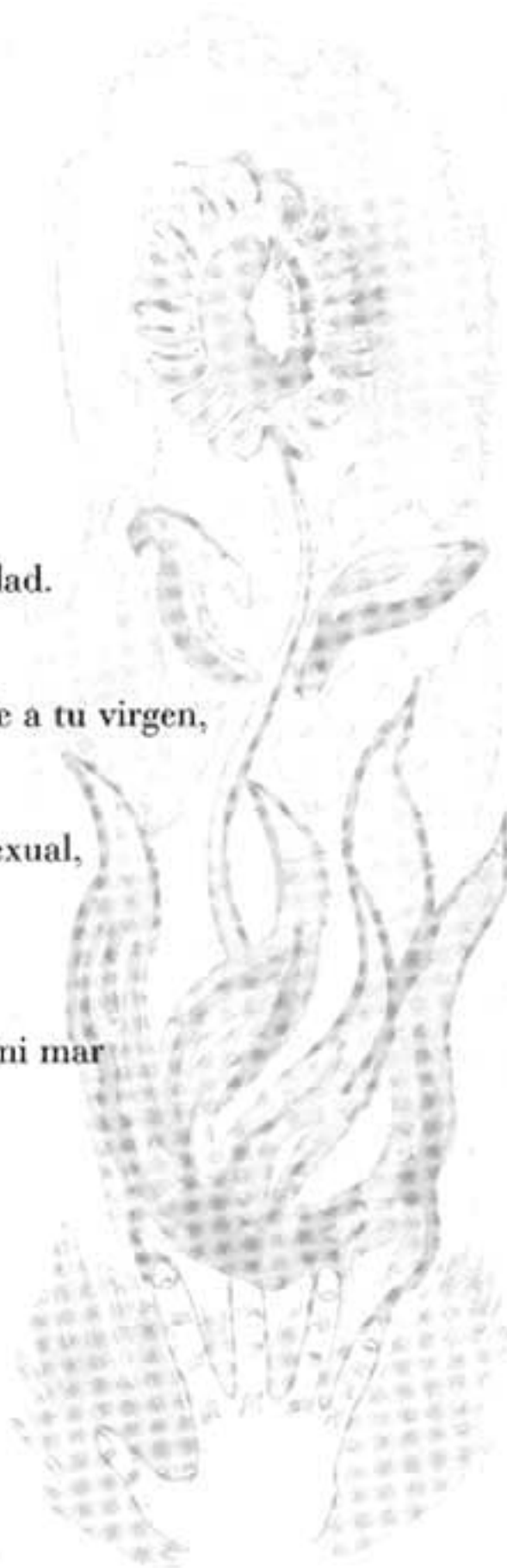
absorber mi halo
y tu dual tintura.

Porque te convertiré en camino,
bastón, burdel e iglesia,
milenio y generación,
constelación y línea interminable.

Serás cara y espalda,
la más fina navaja de Teseo,
la más honda ternura de Judas.

Tropecé con las llagas
de un perro de cantina
que pide agua
a unos niños de primaria
y caí en mi propia sangre.

Ando con cuarenta pesos y tus labios
en la bolsa del pantalón.
Me meto las manos
para saber que no se me han perdido.



Dibujos de Emiliano Enríquez, ENAP

Me ataron

cuando era hilo y me hice lazo
al frondoso árbol-poeta
que se deshoja en otoño
y echa raíces a cada latido y beso.

En tu seno me desvisto

para quedarme sólo con una cadena
y el dije de mi soledad al pecho.

Anoche vino el guardián del edén

para entregarme los guiones de su comedia.

Recogí el polvo de sus pasos
y te hice un verso de sal,
y te hice un desierto, fueres mi sal.

Logras encender la lumbre de mis dedos
y prendo los cigarros de tu ilusión.

Me fumas con tus amigas

mientras te lloras, mientras te ríes.

Hojas, letras, tintas: estoy en tu pared.

Fuego, canto, cimbra, levanta: estás en mi dolor.

Tiembla, abre, duerme: estamos solos.

Un mal día pintaron

a la verdad desnuda
para el arte más impuro
y la guardaron en las gavetas
de un desierto.

Respóndanme:

quién asfixió a la Margarita,
quién incendió el absoluto,
quién desató al paraíso.



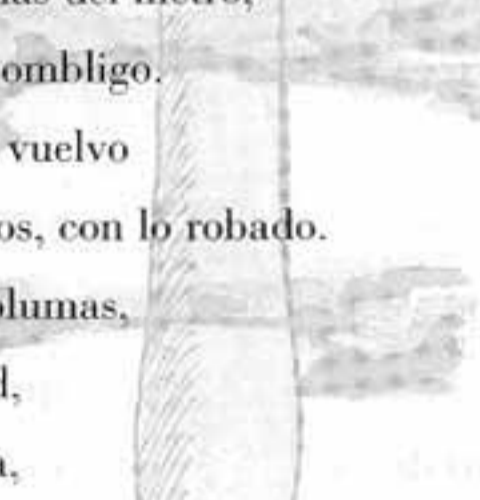
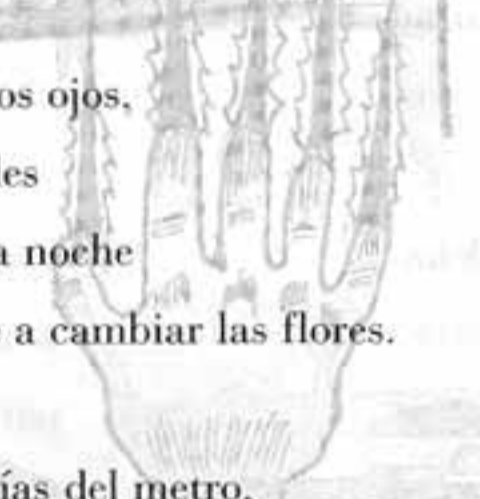
Sigo caminando con los santos del pasado,
 atisbo entre las manos de quienes me quieren vivo,
 y me conceden sus líneas moribundas,
 su breve resucitar.

Hay una Sodoma
 en las barbas de Jehová,
 en su mano izquierda
 carga las lenguas-medusas
 de fenicias arrepentidas
 y pisa con su vergüenza
 esta oda que te hago en invierno.

Traigo tatuadas, en los ojos,
 las cruces de mis calles
 y cada domingo en la noche
 viene nuestra muerte a cambiar las flores.

Me oculto entre las vías del metro,
 en la guantera de tu ombligo.
 Déjame un rato, que vuelvo
 con los pasos cargados, con lo robado.
 Que vuelvo con tus plumas,
 con cachos de ciudad,
 con sangre en la cara,
 con cuarenta pesos,
 con mi dije.

Llego fumando
 y unas cuantas flores nuevas.



Amor

Édgar Omar Avilés Martínez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO

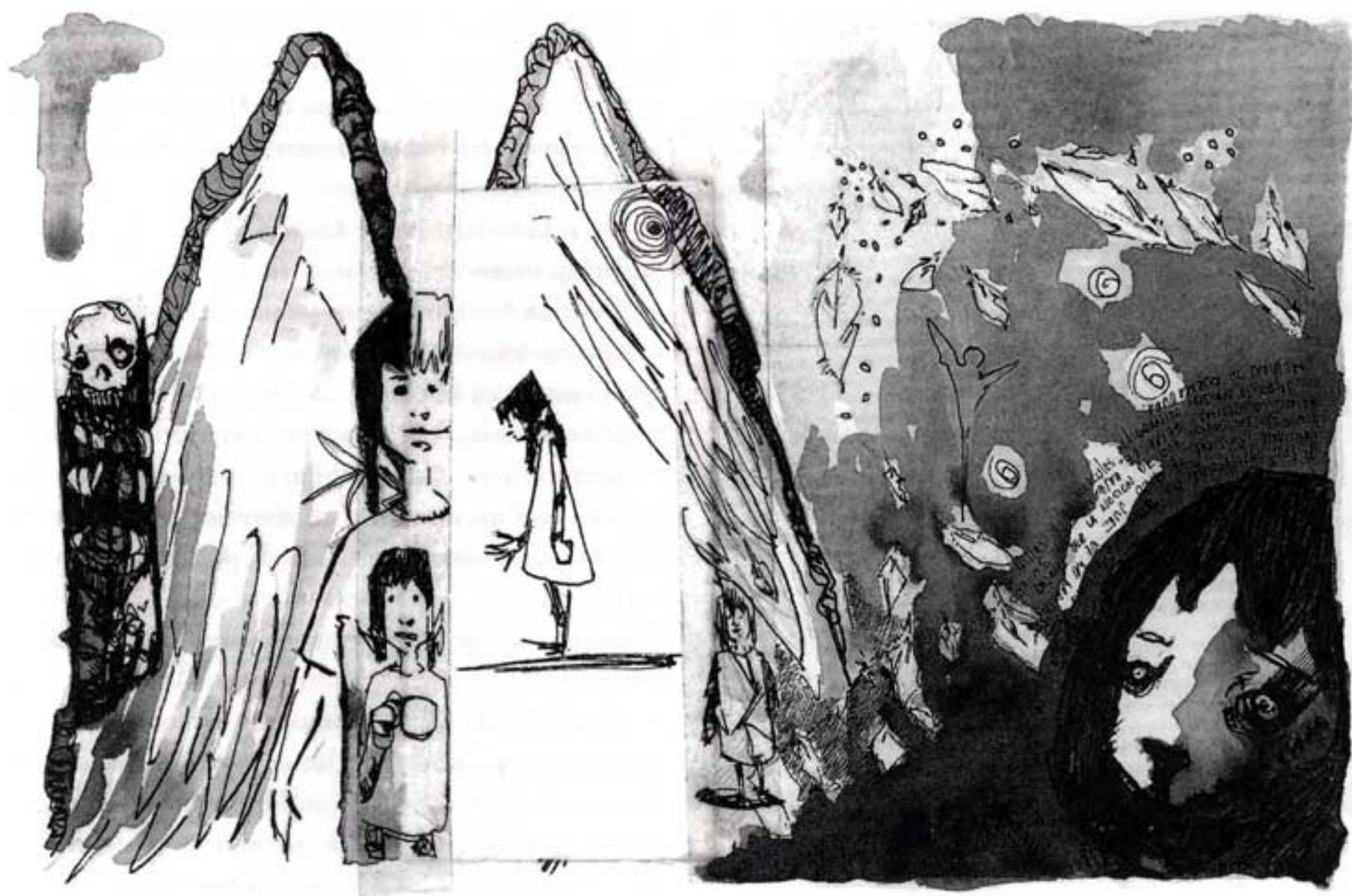
—Ahora estoy segura —dijo deshecha en llanto la niña a su madre—, ¡Dios existe y está lleno de amor!

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo he visto y me platicó del cielo. ¡Es el lugar más maravilloso del Universo! —dijo la niña con tal seguridad y con tanta emoción, que su madre no pudo hacer otra cosa sino clavarle el cuchillo con el que picaba cebolla.

Ella era tan pequeña, aún libre de pecados; su realidad tan triste en las calles, en donde pedía monedas; sin duda en poco tiempo empezaría a vender su cuerpo: entonces el esplendoroso cielo y su Dios colmado de ternura ya no la aceptarían.

Por su parte la madre iría al infierno, lo sabía, mientras clavaba por décima vez el cuchillo. **P**



Dibujo de Jonathan Pérez Bello, ENAP

El jardín del diablo

Teoshia Bojorquez Chapela

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

1. Es un mundo de mierda, *after all...*

En las mañanas doy clases de español en una preparatoria para criminales adolescentes, pero eso sí, de buena familia. Siete horas al día, de lunes a viernes, me enfrento a los despojos de las clases altas y créanme que hacerlo no es fácil. A mi escuela llegan niños con padres que los soñaron como diplomáticos, ministros e incluso presidentes... pero que terminaron robando coches, falsificando documentos, entrando y saliendo de todos los anexos de lujo de México. Los grupos con los que trabajo son muy reducidos, para dar "atención personalizada" a los pequeños vándalos, y eso aumenta mi agonía.

Ni siquiera tengo el consuelo de uno o dos estudiantes interesados que compensen el suplicio de mostrar, por ejemplo, la diferencia entre un adjunto

y un complemento a una horda apática que apenas atina a llenar de rayones sus cuadernos, cuando de plano sus miembros no poseen, además de dinero y resacas, el suficiente descaro para mentarme la madre, así, de plano, de frente, mirándome a los ojos, antes de echarse a dormir. "Pinche gato...", me recuerdan. Y yo que a su edad me veía en el futuro escribiendo novelas, haciendo poesía... siendo reconocido por ello. Creo que, en el fondo, era igual de soberbio que ellos.

En las tardes llego a un departamento demasiado grande y vacío, veo qué hay de comer en el refrigerador y me decepciono siempre. Muerdo un poco de lo que encuentre y me tiro en una cama enorme que, solo, de plano no abarco.

Saco la fotografía de Luciana.

Primero me obligo a mirarla y en cuanto la tengo frente a los ojos ya no puedo dejar de verla, el tiempo se detiene: Luciana sonriendo, muy erguida, con la mano en la panza, con los cachetes y los ojos resplandeciendo. Luciana con su vestido negro, ligero, protegiendo a nuestra hija, juanita, cuyo nombre escribo con minúscula y en diminutivo no porque fuéramos a tener el mal gusto de ponerle así y marcarla de por vida, sino porque al morir era lo más chiquita que se puede llegar a ser: juanita nació muerta.

Y su muerte la viví como una película, como si le estuviera pasando a otro, como una alucinación macabra, como si alguien me fuera a despertar diciendo, abrazo y sonrisa de por medio, que todo era un mal sueño. Ni los ojos estúpidos y aterrados de



Dibujos de Mariana Tinoco, ENAP

los médicos, ni el quirófano con manchas de sangre en las paredes, ni los gritos de mi esposa, ni el salvaje tirón de pies que empleó el cirujano para sacar a juanita del cuerpo de su madre; ni siquiera el cuerpecito blanco-azul-verduzco, sanguinolento, cubierto de moco y muerte, con esas cejas tan parecidas a las de mi familia y la cara redonda, como de durazno, tan parecida a la de Luciana: nada de eso me hizo comprender que la pesadilla no lo era, que lo que estaba pasando era real.

Ya han pasado muchos años y a veces aún dudo si fue cierto, o sólo un sueño del que tarde o temprano voy a despertarme.

La mañana siguiente del anti-parto (primavera, calor, contaminación, llanto) me fui a la clínica solo, con las manos vacías pero el pecho bien lleno, llenito, lleno... de mierda: el día anterior pensaba "qué chingón, ya sembré mi árbol, escribí mi libro y formé mi familia" y al siguiente, "no tengo nada". Un día fui joven y rico, no en dinero pero sí en vida, al siguiente sólo tenía vida pero, francamente, muy devaluada. Un día pensé en ser padre y al siguiente tuve que convencerme de que era huérfano de hija, y digo huérfano de hija pues para esa ausencia, como todo mundo sabe y no se cansó de repetirme, "ni siquiera existe nombre". Un día llegué a la casa de mi madre, mientras esperaba los arreglos del funeral, vi mi ciruelo en el jardín, el que planté a los once años, y comprobé que estaba reseco, que nomás no crecía, que este año tampoco había dado fruto.

Me obligo a guardar la foto bajo recibos vencidos y notas anacrónicas, debajo de poemas dejados



a medias y fragmentos de novelas que tampoco han terminado de nacer. Saco la cabeza por la ventana y veo tanques de gas, una bomba de agua, una pared de cemento en la que la humedad lucha por quitarle terreno al mural que Luciana comenzó a pintar cuando supo que estaba embarazada. Volteo hacia el cielo y no hay estrellas, sólo un techo color rosa oxidado, manchado de resplandores y aviones. Me levanto de la cama: Juanita se resistió a venir a este mundo de mierda. Los hijos de mis vecinos escuchan el tema de Disneylandia, y sí, es un mundo pequeño, *after all*.

Pequeño como una celda.

Camino en círculos hasta la puerta y de regreso al pie de la cama. Intento no pensar en nada, pero como siempre termino inundado de recuerdos. Quiero olvidar, necesito olvidar, quiero olvidar, necesito olvidar, y salgo a la calle. Paso entre coches y anuncios, entre policías y travestis. Avanzo sobre Insurgentes y los recuerdos no se marchan. Los edificios derruidos de repente me parecen demasiado conocidos, demasiado familiares. Me pertenecen porque yo también les pertenezco: son las paredes de mi cárcel.

¿Existe el destino? Desde que llegué al hospital supe que iba a pasar algo espantoso. Pero no dije nada porque todo se iba hilando como si le sucediera a otro, como si el presentimiento tan sólo pudiera observarlo sin actuar de acuerdo a él, como si el tiempo hubiera retrocedido para ponerme, de repente, de golpe, en medio de una tragedia griega, con todas sus consecuencias fatales. Al paso de unos minutos (que parecían hincharse, que pasé como caminando



entre carbón ardiendo: minutos viscosos), los números en el aparato al que conectaron a la Luciana (dígitos a los que se aferraban mis ojos pues marcaban los latidos del corazón de nuestra hija) comenzaron a perder y recuperar en ceros interminables milésimas de segundo.

Mientras Luciana y Juanita luchaban contra la muerte yo, pasmado, no podía hacer más que preguntarle a la enfermera: "¿qué está pasando, qué está pasando? Dígame la verdad, por favor, dígame la verdad, ¿qué está pasando?". Si Dios existe, necesariamente debe ser malo. ¿Existe la suerte?

Paso frente a un puesto de jugos y licuados: frutas pudriéndose en frascos de vidrio por el calor que, de noche, refleja el asfalto. Al lado, un puesto de tortas. El olor de la pierna y la milanesa se mezcla con el suadero del puesto siguiente. En la esquina, un niño de diez u once años vende discos pirata. Sus bocinas rugen un clásico cumbiero, pasado de moda, que se impone al gruñido de los coches: "las estrellas me iluminan al revés...". ¿Existe siquiera el olvido?

(Había muerto y renacido, lo sabía, pero no podía ver el cambio, dónde se localizaba, de qué tamaño era la cicatriz perdida en mi entraña. No podía verla, y Luciana no me lo perdonó, o quizá yo fui el que no se lo perdonó a ella o el que no se perdonó a sí mismo, o ella no se perdonó y no pudo perdonarme, quién sabe. Lo único seguro es que el perdón estuvo involucrado por ausencia. De cualquier forma ya ni siquiera vale la pena pensar en eso, porque Luciana también está muerta. Luciana. Muerta.)

Empieza a llover. Cubetadas de agua sucia pegan contra el suelo levantando nubes de vapor tibio y pegajoso. Huele a vómito, a limón, a cilantro y a orines.

Asqueado, llego al metro, me refugio en una de sus entradas. Las luces de los anuncios espectaculares luchan contra la lluvia y emergen borrosas. Adentro, en el subsuelo, todo está bañado por un resplandor blanquísimo que enceguece. "Abandona todas tus esperanzas" anuncia un graffiti muy nuevo y brillante pintado en el techo. Buscando calor le doy la espalda a la lluvia y bajo las escaleras.

Me hundo entre gente viva que camina en estampida entre gente dormida, o quizá muerta, tirada en los rincones. Me hundo entre plástico verde y luces de neón, entre sudor, *clearasol* y pizza. "Pinches entornos jodidos, buenos para puros pinches putos recuerdos jodidos." Disculpen, pero es que cuando pienso, soy bastante lépero.

Estoy parado al borde del andén, con los puños apretados, con los ojos cerrados.

Siento pasar trenes y empujones. Tengo ganas de gritar pero mi garganta se rebela.

Hace calor y estoy empapado. Poquito a poco me acerco a la orilla del andén y la punta de mis botas se apoya sobre el vacío. Escucho el ruido suave del tren acercándose. Lo mejor es saltar y salto. No veo una luz blanca ni escucho una voz tranquilizante que me llama, tampoco pasan todos mis recuerdos en rapidísima secuencia. Sólo siento un impacto como jamás he sentido... todo se pone negro y luego despierto.

Estoy parado al borde del andén, con los puños apretados, con los ojos cerrados.

El aire caliente que empuja el metro cuando entra a la estación me hace tambalear.

Escucho un silbido que va haciéndose cada vez más agudo. Mis botas casi rozan las paredes del gusano naranja, su puerta se abre. Gente empujando, maldiciendo y luchando por salir del vagón atestado. No tuve el valor de aventarme, me doy cuenta.

Caigo de culo al suelo.

Un hombrecito muy pequeño y sonriente me arroja sin darse cuenta de que existo. Me quedo sentado, sintiéndome ridículo. Comienzo a llorar y cuando las lágrimas salen un dique se colapsa. Berreo y entonces soy una bolita de carne temblorosa, mojada y babeante, que necesita gritar y grita. Por un instante toda la gente en el andén se me queda viendo. Pero pierden el interés rápido y continúan caminando en estampida de fantasmas. No tuve el valor de aventarme.

—¿Se encuentra usted bien, joven? —entre las luces de neón del techo y mis ojos se interpone una cara redonda y cálida, de ojos negros. —Disculpe,



estoy algo distraído, hoy es un día especial, ¿sabe?, un día muy especial. Por eso no lo vi, lo siento.

La puerta se cierra, el tren se marcha. Sólo quedamos el calor, la luz, el hombrecillo y yo. El andén no vuelve a llenarse. Aún estoy en el suelo pero ya no lloro ni grito, más bien veo con curiosidad a este extraño y redondo personaje que, con las manos dentro de los bolsillos de un chaleco morado, me mira a su vez no sé si con odio o dulzura infinita, sonriendo. Ni él dice nada más, ni yo le respondo. Estamos bajo el reloj central de la estación. Conforme nuestro silencio se alarga el clic que anuncia el cambio de los segundos comienza a alentarse, finalmente su ritmo es intolerable. A cada golpe me siento más y más incómodo. "Chale con su pinche mirada."

Pasa otro tren y en cuanto se detiene el hombrecillo me toma del hombro y me pregunta si quiero acompañarlo. Sin tener idea del porqué le digo que sí. Al hablar, las palabras flotan de mi boca como si otro dique más se hubiera colapsado. El vagón está vacío. Subimos sin decir nada, pero en cuanto comenzamos a movernos el hombrecillo me pregunta, con palabras gordas y relucientes:

—¿Alguna vez ha querido regresar el tiempo?

"No mames, de cada tres instantes dos se los dedico a lamentarme por el millón de vidas que no he vivido, por el chingo de errores que cometí. No mames, claro que quiero devolver el tiempo. No mames, no mames, no mames." El metro avanza, sale del túnel y se adentra en medio de paisajes derruidos, abandonados, de casas de cartón, de perros famélicos que copulan ("cogen y cogen") en las esquinas. En una ciudad como ésta, sería criminal no querer desandar huellas.

—Claro, ¿quién no?

—¿Quién no? Hmm, sólo hay Uno que no lo necesita y ése no soy yo, por supuesto. Pero hay veces en que todo parece perfecto, ¿no lo cree? Momentos en los que uno siente que todo tiene sentido y entonces no se cambiaría ni un solo instante, por más doloroso que fuese, con tal de que la sucesión de los eventos se diera de la misma manera en que ocurrió, que se pudiera tener un día tan maravilloso como el que se está viviendo. Hoy es un día muy especial, amigo, muy especial sin lugar a dudas, ¿no le parece?



—Querrá decir que es un día muy especial para usted, amigo. Para mí es de lo más común y corriente —dije, molesto en parte por la obscenidad con que este hombre mostraba su felicidad, pero también como para remarcarle que aunque lo seguí al vagón y estaba oyéndolo, habría podido bajarme en las tres estaciones que ya habíamos pasado, que todavía conservaba un cierto sentido de independencia y no tenía por qué estar de acuerdo con todo lo que dijera. Aunque no intentara moverme, aunque me quedara ahí, a su lado escuchándolo.

—Es curioso, cualquiera diría que para usted sería particularmente especial. Pero en fin, si eso es lo que piensa está en todo su derecho de hacerlo, sin lugar a dudas. Pero déjeme asegurarle que hoy es un día muy especial, en serio, créame.

El hombrecillo sonrió de manera desagradable, mostrando en el proceso unos amarillentos y gastados dientecitos como colmillos que le daban aspecto de roedor. De nuevo se quedó callado, reluciendo sin asomo de vergüenza su expresión satisfecha. La serpiente ahora se deslizaba sobre grandes pilares de concreto, la contaminación luchaba contra la luz de la luna llena que se empeñaba en mostrar ejes viales destrozados, autos incendiados, edificios en ruinas. Entonces volví a preguntarme por qué estaba ahí con ese hombre. Lo absurdo de la situación me empujó a hablar y, curiosamente, una vez que empecé fue como si un tercer dique hubiera caído derrumbado.

—Hoy, antes de que me arrollara, estuve a punto de arrojarme a las vías pero me faltó valor. En verdad quería matarme. Todo me da tanto asco que aunque dejara de sentirme así aún tendría el recuerdo de haberlo sentido y sería insoportable. Pero usted no debe tener idea de lo que estoy hablando, usted se ve asquerosamente feliz. No sé quién sea, ni por qué demonios se sienta tan contento, o si en verdad lo esté. Pero déjeme decirle una cosa: puede que en este momento se sienta feliz, que esté feliz, pero déjeme asegurarle... usted definitivamente no es una persona feliz. No amigo, eso se le nota en la sonrisa. Así que desengañese. Si Dios existe, necesariamente es malo.

—Despreocúpese, siempre lo he sabido.



—¡Ahí está! —eyaculé triunfalmente. —Y quizá su día ya no sea tan maravilloso después de todo. Quizá se lo haya arruinado. Uno no se siente tan bien cuando está al lado de una persona miserable, ¿verdad? Sé mucho de eso, mis amigos pensaron lo mismo que yo y no los culpo. Yo me alejaría de mí mismo si pudiera. Al acabar me quedé callado y pasamos un largo rato en silencio. “¿Por qué chingados le dije eso?”

Su sonrisa no desapareció ni un instante.

—Hasta el día de hoy no pasaba un solo momento sin lamentarme del pasado— dijo inesperadamente y, al hacerlo, su rostro y su voz cambiaron como si en un segundo hubiese envejecido millones de años, la sonrisa estuvo a punto de borrarle. Pero aquella nube lo abandonó pronto y el hombre con dientes de roedor recuperó el júbilo con la misma rapidez con que lo había perdido. Me preguntó entonces en voz baja, acercando el rostro hasta mi oreja y provocándome escalofríos: —¿Quiere que le cuente mi historia? Estoy seguro de que puede interesarle. ●

La guerra Estados Unidos–Irak: ¿necesidad o necesidad?

Juan Gabriel Segovia

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Sólo hay una guerra que puede permitirse el ser humano: la guerra contra su extinción

Isaac Asimov

Al momento de escribir estas líneas, la confrontación armada entre los Estados Unidos e Irak es inminente. Nuestra potencia vecina ha hecho gala de su poderío y ha desplegado tropas en la región con el fin de prepararse para la eventual guerra con Irak y el consecuente derrocamiento de Sadam Hussein. Sin embargo, existen dudas acerca de que verdaderamente Hussein represente un peligro real para la paz mundial. A muchos de nosotros, los ciudadanos comunes y corrientes, nos queda la incertidumbre sobre los motivos que impulsan al presidente Bush a reiniciar la tarea que dejó inconclusa su padre hace más de diez años.

N. de la E. Este ensayo, acreedor de mención en el pasado Concurso de *Punto de partida*, fue escrito poco antes de que los Estados Unidos invadieran Irak. La guerra terminó relativamente pronto pero aun hoy, siete meses después, el conflicto está lejos de resolverse.

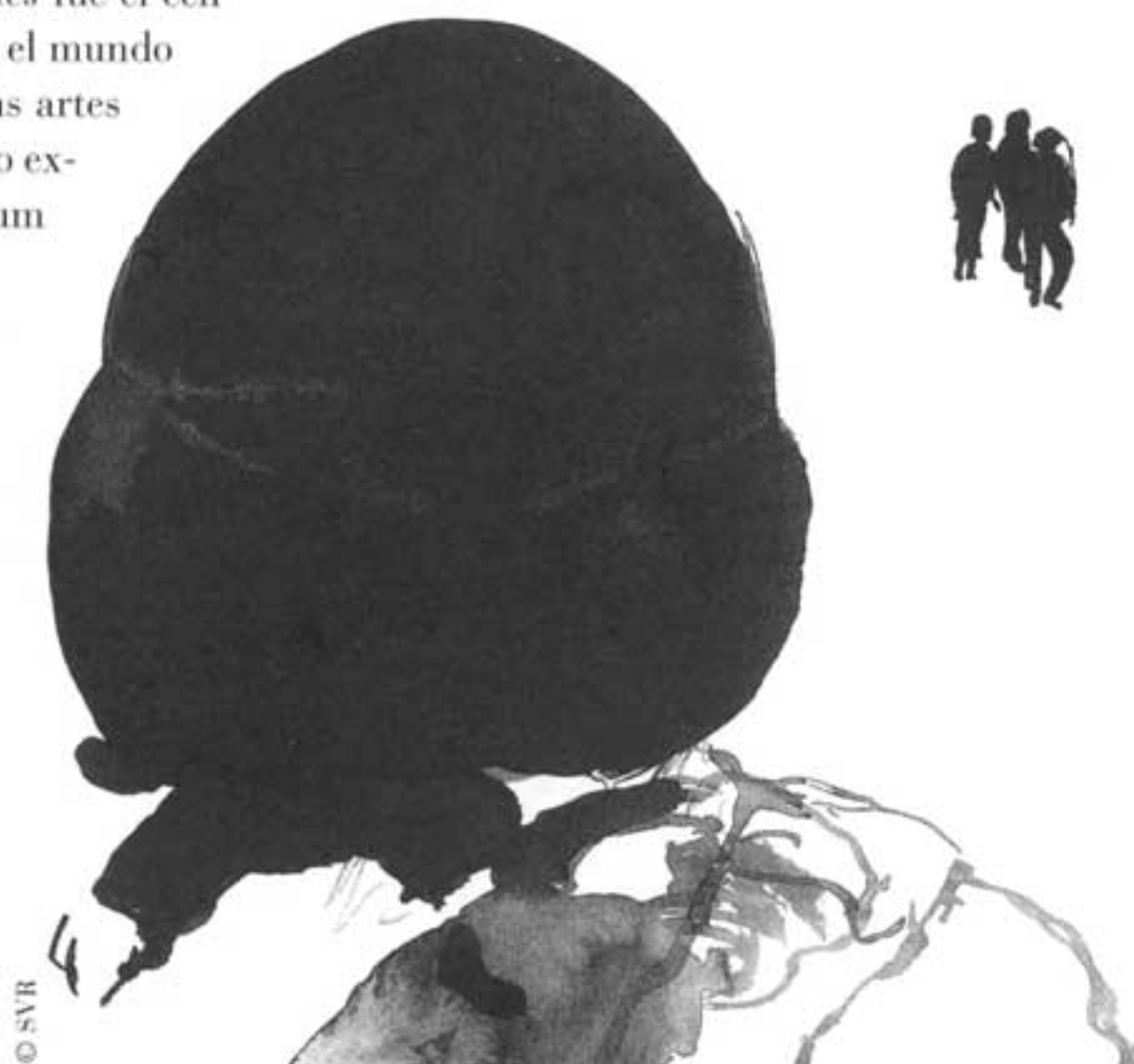
Las ilustraciones de este artículo fueron realizadas por dos estudiantes de Artes Visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas: Laura Elena Monterrubio Cardoso y Sergio Vargas Rodríguez, por lo que en cada imagen anotamos las iniciales de su autor.



Para entender el contexto de este conflicto, debemos remontarnos a la historia: el actual territorio de Irak, entre los ríos Tigris y Éufrates, en la antigüedad fue ocupado por los sumerios. Irak fue cuna de la civilización sumeria hace seis mil años y durante largos siglos fue escenario de civilizaciones urbanas como las de Akkad, Babilonia, Asiria y Caldea. La región mesopotámica (del griego “entre ríos”) estaba en la ruta de todas las migraciones de pueblos y expediciones de conquista; hititas, mitanios, persas, griegos, romanos y bizantinos pasaron por allí, incluyendo al famoso Marco Polo en sus viajes a la mítica Catay.

Tras ser conquistada por los árabes en el siglo VII, la Mesopotamia quedó en el centro geográfico de un enorme imperio. Un siglo después, la nueva dinastía de los Abbas decidió cambiar la capital de Damasco hacia el este y el califa al-Mansur construyó a orillas del Tigris la nueva capital: Bagdad. Durante tres siglos, la ciudad de las *Mil y una noches* fue el centro de una nueva cultura. Desde la Grecia antigua, el mundo mediterráneo no había visto tal florecimiento de las artes y las ciencias. Sin embargo, el imperio era demasiado extenso para mantenerse unido y a la muerte de Harun al-Raschid empezó a resquebrajarse.

Perdidas las provincias africanas, independizada toda la región situada al norte y al este de Persia bajo los tahiríes (reino de Jorasán), los califas tuvieron que recurrir cada vez más a ejércitos de esclavos o mercenarios (sudaneses o turcos) para mantener el control de un estado cada vez menor. Cuando los mongoles mataron al último califa de Bagdad en 1258, el califato ya estaba muerto como realidad política. Luego de las conquistas de Gengis Khan, que arrasaron la economía agrícola, la región se modificó profundamente y numerosos estados se sucedieron allí, gobernados por turcos seldjucos u otomanos, mongoles, turcomanos, tártaros o kurdos. El desplazamiento de pueblos de



© SVR



las estepas trajo gran inestabilidad a la media luna fértil, que luego de la tentativa de Timur Lenk en el siglo XIV, desembocó en la unificación bajo el dominio de los turcos otomanos en el siglo XVI. El periodo siguiente fue de relativa tranquilidad político-militar, lo que permitió la reconstrucción de los canales de riego y la ampliación de las áreas cultivadas.

Arabia —cuyos vastos dominios llegaron hasta lo que hoy en día es China, India, España y Egipto— fue dominada por los turcos, y al despuntar el siglo XX, los movimientos partidarios de un “renacimiento árabe” también se mostraron intensamente activos en Irak, preparando el terreno para la gran rebelión que sacudiría el dominio turco durante la Primera Guerra Mundial. Surgieron entonces varios pequeños estados, mientras las tribus nómadas y las caravanas subsistían a través de los oasis y el desierto. Pero también estaban presentes los ingleses, preocupados por ampliar su influencia en la región. Derrotados los turcos, la expectativa independentista sufrió un revés cuando el gobierno revolucionario soviético hizo público el tratado secreto Syles-Picot de 1916, por el cual Francia e Inglaterra se dividían los territorios árabes. Faisal, hijo del jefe Hussain, se había proclamado rey de Siria y ocupaba Damasco; pero como ese territorio correspondió a los franceses, que no habían prometido nada a los árabes, fue expulsado militarmente de la capital siria.

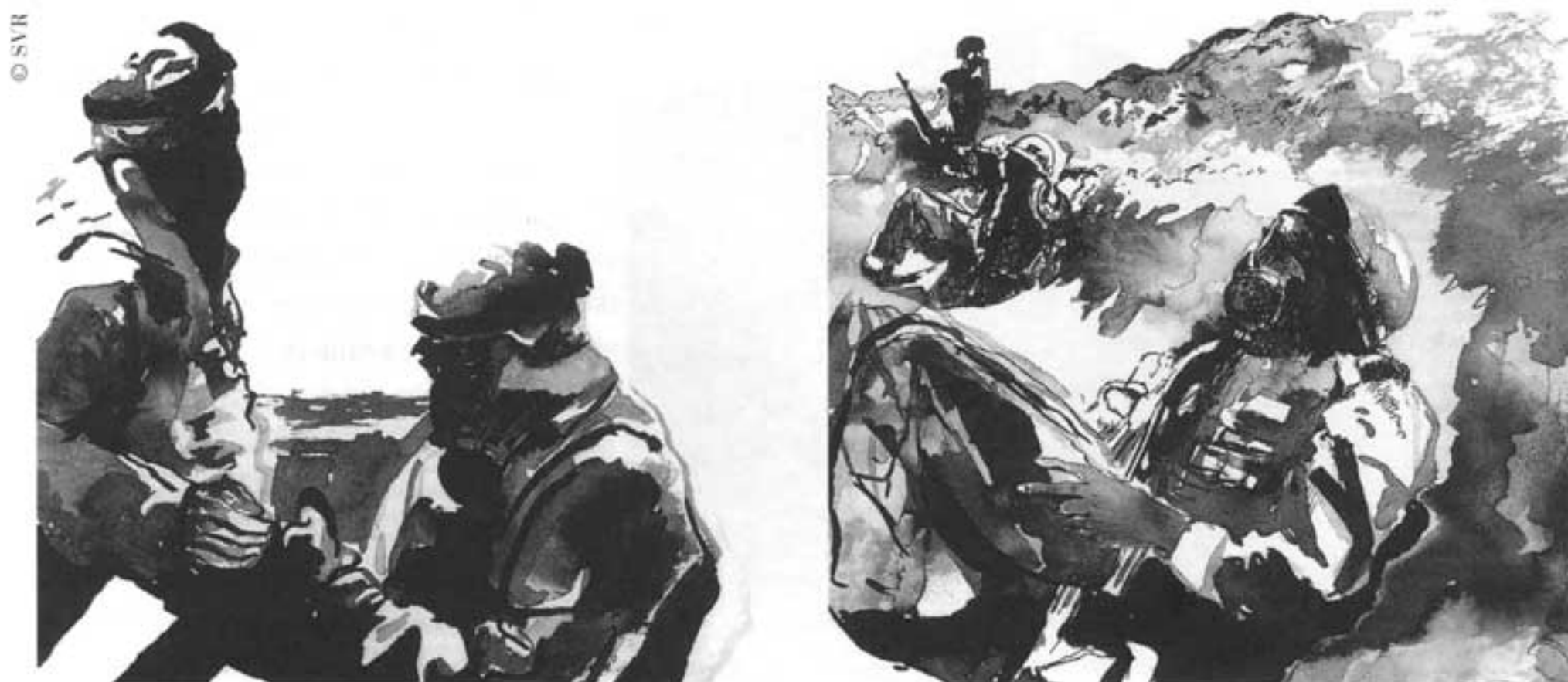
La formalización del mandato británico sobre Mesopotamia hizo estallar una rebelión independentista en 1920. En 1921, el emir Faisal ibn Hussain fue investido como rey de Irak, a manera de compensación. En 1930, el general Nuri as-Said fue nombrado primer ministro y firmó un tratado de alianza con los británicos, por el cual el país obtuvo una independencia nominal, el 3 de octubre de 1932. Ese mismo año se firmó el Pacto de Bagdad (alianza militar entre Irak, Turquía, Pakistán, Irán, Gran Bretaña y Estados Unidos), que fue resistido por los nacionalistas de Irak. La agitación antiimperialista condujo al golpe militar de julio de 1958, dirigido por el general Abdul Karim Kassim, que culminó con la ejecución de la familia real.

El nuevo régimen se esforzó, en el otoño de 1959, por establecer una unión con Siria. Sin embargo, había fuertes corrientes contrarias a esa fusión: por un lado el Partido Comunista, uno de los más importantes de Oriente Medio en esa época, y por otro, los demócratas nacionalistas que aspiraban a un régimen parlamentario según el modelo europeo. Kassim disolvió todos los partidos en julio de 1959 y proclamó que el emirato de Kuwait pertenecía a Irak. La Liga Árabe, dominada entonces por Egipto, autorizó el desembarco de tropas británicas para proteger el enclave petrolero y frustró el intento.

La colaboración de la Unión Soviética y China con Kassim propició versiones de que Irak podía pasar a ser una “nueva Cuba”. Pero en el verano de 1960 se dio un brusco giro hacia Occidente. De todos modos, hubo intentos de planificación económica, el poder de los grandes terratenientes fue debilitado por una reforma agraria y se restringieron las ganancias de la Irak Petroleum Company. En 1963, Kassim fue derrocado por los sectores panárabes del ejército. Varios gobiernos inestables se sucedieron hasta que el 17 de julio de 1968 un golpe militar instaló al partido Baas en el poder.

Fundado en 1940, el Baas (palabra árabe que significa “resurgimiento”) concibe al conjunto del mundo árabe como una “unidad política y económica indivisible”, en la que ningún país, por sí solo, “puede reunir las condiciones necesarias para su vida independientemente de los demás”. El Baas proclama que “el socialismo es una necesidad que brota de la razón misma del nacionalismo árabe” y se organiza a nivel “nacional” (árabe), con direcciones “regionales” para cada país.

Irak nacionalizó las empresas extranjeras y Bagdad defendió la utilización del petróleo como “arma política en la lucha contra el imperialismo y el sionismo”. Insistió también en la defensa de los precios y en la consolidación de la



OPEP como organización que apoyara la lucha tercermundista por la recuperación y valorización de sus recursos naturales. Se decretó la reforma agraria, y ambiciosos planes de desarrollo llevaron a invertir los ingresos petroleros en la industrialización del país.

En 1970, el gobierno de Bagdad oficializó el idioma kurdo y dotó al Kurdistán de autonomía interna. Sin embargo, instigados por el sha de Irán, y temerosos por la reforma agraria, los caudillos tradicionales se levantaron en armas. En marzo de 1975, el acuerdo fronterizo entre Irán e Irak los privó de su principal apoyo externo. Los rebeldes fueron derrotados. El gobierno de Bagdad dispuso la enseñanza del kurdo en las escuelas locales, una mayor inversión estatal en la región y la designación de kurdos en altos puestos de la administración pública.

El 16 de julio de 1979, el presidente Hassan al-Bakr renunció y fue sustituido por el vicepresidente Sadam Hussein.

Hussein intentó llevar a Irak a un puesto de liderazgo en el mundo árabe. Rechazó los acuerdos de paz de Camp David firmados entre Israel, Egipto y Estados Unidos, pero sus relaciones con otros países árabes también empeoraron. Una rama del Baas tomó el poder en Siria en 1970, pero las discrepancias con Bagdad llevaron a una fuerte rivalidad e incluso a algunas disputas por cuestiones de límites. Con iguales motivos y confiando en una rápida victoria, fuerzas iraquíes comenzaron en septiembre de 1980 el ataque a posiciones de Irán, desatando una guerra que duró ocho años. El 17 de junio de 1981, con el pretexto de que Irak se proponía producir armas atómicas, aviones de Israel destruyeron la central nuclear civil de Tamuz, construida con ayuda de Francia.

Durante la guerra, los sauditas y kuwaitíes, que se beneficiaban con el freno que Irak ponía al fundamentalismo iraní, otorgaron numerosos créditos a Bagdad, que fueron utilizados tanto en el propio conflicto como en obras de infraestructura. Se tendió un oleoducto por Turquía como alternativa al que cruzaba hacia el Mediterráneo, cerrado por Siria en solidaridad con Irán, y se mejoraron las carreteras hacia Jordania.

Tras diecisiete años de ruptura diplomática, en noviembre de 1984 se restablecieron los lazos oficiales con Estados Unidos. Pese a las declaraciones norteamericanas acerca de su neutralidad en el conflicto entre Irán e Irak, los hechos vinieron a

© SVA



demostrar el doble juego de la superpotencia, que quedó al descubierto en el escándalo "Irán-contras".

Por el armisticio de 1988, Irak se quedó con 2,600 km² de territorio de Irán y con un ejército poderoso y fogueado.

Además de negarse a fijar cupos de exportación, Kuwait extraía de los yacimientos ubicados en la frontera con Irak más petróleo del que le correspondía. Ante un aparente guiño de neutralidad estadounidense, Bagdad pensó que podría cobrarse el favor a Occidente ocupando el territorio de su vecino y usufructuando sus riquezas. El 2 de agosto de 1990 invadió Kuwait y tomó a miles de extranjeros como rehenes. Cuatro días después, la ONU decidió la implantación de un bloqueo económico y militar total hasta que Irak abandonara sin condiciones el territorio ocupado. Se rechazó una propuesta de retirada a cambio de discutir los problemas del Oriente Medio en una conferencia internacional. Cuando Irak comenzó a liberar a los rehenes e intentó negociar nuevamente, Estados Unidos cerró las puertas al diálogo y exigió una rendición incondicional.

Los ataques efectuados por la alianza de treinta y dos países dirigida por Estados Unidos comenzaron el 17 de enero de 1991, dando inicio a la Guerra del Golfo. En marzo, cuando empezó la ofensiva terrestre, Sadam Hussein ya había anunciado que se retiraría incondicionalmente. El ejército iraquí no resistió la ofensiva y apenas intentó efectuar una retirada organizada, pero sufrió grandes pérdidas. La guerra finalizó en los primeros días de marzo con la derrota total para Irak. Sobre el fin de la ofensiva, Estados Unidos alentó la revuelta interna de los chiítas del sur y los kurdos del norte para que derrocaran a Sadam Hussein, pero las diferencias políticas entre ambos bandos hicieron imposible una alianza y Washington dejó que los rebeldes fueran aplastados por el todavía poderoso ejército iraquí. Más de un millón de kurdos buscaron refugio en Irán y Turquía para escapar de las fuerzas de Bagdad; miles murieron de hambre o frío al llegar el invierno. En la guerra murieron entre ciento cincuenta mil y doscientas mil personas, en su mayoría civiles. Por los efectos del bloqueo aún vigente, habrían muerto setenta mil personas más, entre ellas veinte mil niños. A fines de 1991, tanto turcos como iraquíes seguían reprimiendo militarmente a los kurdos de la zona fronteriza.

Según documentos capturados después de la guerra y difundidos por el grupo Middle East Watch, el gobierno de Irak hizo uso de armas químicas

© SVR





© LEMIC

contra la población del Kurdistán, en un intento de exterminio, a fines de la década de 1980. En particular se mencionó el ataque a Halabja, en marzo de 1988, en el que murieron unos cinco mil civiles kurdos.

Las condiciones para el levantamiento del bloqueo se endurecieron, por la voluntad estadounidense de provocar la caída de Hussein. Además, según los periódicos *The New York Times* y *Sunday Telegraph*, Estados Unidos introdujo en Irak enormes cantidades de dinares falsos a través del contrabando por las fronteras de Jordania, Arabia Saudita, Turquía e Irán. Bagdad impuso la pena de muerte para quienes participaran en tales operaciones.

A fines de 1991, el gobierno iraquí autorizó la supervisión de los centros militares por parte de la ONU. En 1992 se comprobó la existencia del programa de enriquecimiento de uranio, con ayuda alemana. Los equipos de la ONU destruyeron cuatrocientos sesenta cohetes de 122 mm equipados con el gas venenoso sarín. También desmantelaron el complejo nuclear de al-Athir y las instalaciones de enriquecimiento de uranio de Ash-Sharqat y Tarmiyah, así como la fábrica de armas químicas de Muthana.

Durante 1994 prosiguieron las presiones sobre Irak, entre otras cosas para obligar a Bagdad a reconocer la nueva frontera con Kuwait, la que según el presidente Hussein quitaba a Irak una pequeña parte de su territorio en favor del país vecino. Finalmente, en noviembre el mandatario iraquí reconoció los nuevos límites que la ONU ya había demarcado en pleno desierto. Ese mismo año se abrió un paso fronterizo con Turquía para permitir la llegada de ciertos alimentos y medicamentos autorizados por la ONU, como únicas excepciones al embargo comercial. Sin embargo, pocos meses después, en marzo de 1995, tropas turcas ingresaron en el Kurdistán iraquí —bajo tutela militar de fuerzas “aliadas”, básicamente estadounidenses— para reprimir a miembros del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) que lanzaban desde allí ataques contra fuerzas turcas estacionadas en el Kurdistán turco.

El aislamiento internacional de Bagdad se agudizó aún más cuando Jordania se distanció del gobierno de Sadam, al mejorar sus relaciones con Kuwait y Arabia Saudita.

Irak volvió a ser blanco de acciones militares en 1996. En septiembre, tras combates entre miembros del Partido Democrático del Kurdistán, apoyados por Irak, y de la Unión Patriótica del Kurdistán, apoyados por Irán, Estados Unidos lanzó nuevos ataques con misiles contra posiciones iraquíes. Como en ocasiones anteriores —incluso en la propia Guerra del Golfo—, resultó imposible evaluar el número de víctimas civiles.

El mantenimiento de las sanciones siguió teniendo graves efectos para gran parte de la población iraquí. Según algunas estimaciones, quinientos mil niños de menos de cinco años murieron entre 1990 y 1996 como consecuencia directa o indirecta del embargo.

Países como Arabia Saudita prosiguieron las presiones sobre Estados Unidos para impedir el levantamiento del embargo contra Irak. El petróleo saudita reemplazó al iraquí en muchos mercados, y un aumento del volumen de ventas de crudo provocaría un nuevo descenso de los precios, al que se oponían los otros estados exportadores. Sin embargo, el Consejo de Seguridad de la ONU votó el levantamiento parcial del bloqueo, permitiendo la venta de crudo para que con las utilidades se comprasen alimentos y medicamentos. El permiso de venta de petróleo fue renovado en junio de 1997 por otros seis meses.

Durante abril y mayo de 1997, tropas turcas cruzaron la frontera en la zona del Kurdistán iraquí para atacar a bases militantes del Partido de los Trabajadores del Kurdistán. Cerca de unos diez mil efectivos participaron de la operación, que tuvo como resultado varias centenas de muertos del bando kurdo y varios helicópteros turcos abatidos. A partir de 1997, el ejercicio de las sanciones impuestas por la ONU y el establecimiento de una zona de exclusión aérea en territorio iraquí, así como esporádicos ataques de uno y otro bando, han construido una tensa

© LEMC



paz en el área, a punto de romperse por la intervención armada de los Estados Unidos y países aliados.

Como podemos observar, la civilización árabe ejerció y ha ejercido poderosa influencia en el resto del mundo, y es el origen del monoteísmo musulmán, aceptado por gran parte de los habitantes de Asia y África, sustentado en las enseñanzas del profeta Mahoma resumidas en el Corán. De igual manera, el territorio que actualmente ocupa Irak ha sido siempre un espacio privilegiado, desde la época de los antiguos sumerios —con los ríos Tigris y Éufrates bañando sus tierras y convirtiéndolas en óptimas para el cultivo— hasta hoy, cuando su subsuelo constituye una de las mayores reservas petrolíferas del mundo, lo cual le ha indudablemente beneficiado pero también ocasionado problemas con los países circundantes y las grandes potencias como Rusia, Francia, Alemania e Inglaterra en los siglos XIX y XX, y ahora con Estados Unidos, que ve con codicia esta riqueza.



© LENC

Sadam Hussein

A los occidentales no estudiosos del pueblo iraquí nos resulta difícil comprender la historia de Irak sin asociarla con la persona de Sadam Hussein. Se ha hablado mucho del líder iraquí pero se conoce poco de su vida personal y sobre todo de su infancia y juventud, por lo que es preciso adentrarnos un poco en estas etapas para entender de mejor manera la personalidad de este hombre y su importancia en la comprensión y posible solución del problema.

Sadam Hussein nació el 28 de abril de 1937 en el seno de una familia campesina extremadamente pobre y sin tierras en la villa de al-Auja, cerca del pueblo de Takrit, sobre el Tigris, en el corazón de la zona musulmana sunnita, unos 160 km al norte de Bagdad. Las noticias o testimonios que se tienen en relación a los primeros años de la vida de Sadam son oscuros e inciertos, unas versiones mencionan que su padre Hussein al-Majid murió antes de su nacimiento o bien cuando apenas había nacido el ahora presidente iraquí; otras apuntan hacia un abandono a la familia, pero de cualquier forma, el pequeño Sadam creció en la ausencia de su verdadero padre. De esta manera, su infancia transcurrió bajo la tutela de su madre Subha y su padrastro Ibrahim Asan, quien se sabe maltrataba y golpeaba a su hijastro. Ello marcaría para siempre su vida. Después empezó a ir a la escuela y se fue a vivir con un hermano de su madre, Jayrallah Tulfah, quien tendría una gran influencia en la vida posterior del futuro gobernante iraquí.

De la generación de líderes árabes que tomaron el poder en los golpes militares durante las décadas de 1950 y 1960, Sadam Hussein era el único sin experiencia militar, pues en distintas ocasiones intentó ingresar sin éxito a la Academia Militar de Bagdad; sin embargo, en 1976 consigue ser nombrado teniente general y en 1979, al convertirse en presidente de la República, se asciende a sí mismo a mariscal de campo.

Contrario a lo que pudiera pensarse, el presidente iraquí es una persona preparada; estudió en varios países como Siria y Egipto, ingresando a la escuela de leyes de la Universidad de El Cairo.

En resumen, podríamos inferir que, por lo que ha vivido y hemos observado, el líder iraquí es una persona con conflictos emocionales derivados de una infancia difícil, que siempre deseó erigirse en el gran líder de su pueblo, el que conquistara territorios y le devolviera la grandeza de la antigua Babilonia.

¿Amenaza para la paz?

Ahora bien, es pertinente analizar si verdaderamente Sadam Hussein representa una amenaza para la paz y seguridad internacionales, y en consecuencia, si la intervención militar estadounidense para derrocarlo está justificada o bien es una obstinación del presidente George W. Bush, quien busca distraer la atención del problema económico que vive su país, o si los verdaderos motivos de la invasión tienen que ver con el control de la riqueza petrolera en el Medio Oriente.



© LEMIC



Muchos han sido los rumores sobre si el presidente iraquí ha tratado de comprar armas químicas a otros países u organizaciones, o si ha intentado producirlas en su territorio. Estos rumores nunca han sido confirmados, excepción hecha de las notas de prensa aparecidas a mediados de enero del presente año, cuando los inspectores enviados por Naciones Unidas encontraron once ojivas nucleares en un sitio cercano a Bagdad. Sin embargo, no son pocas las voces que señalan la posibilidad de que éstas hayan sido sembradas para darle a la superpotencia estadounidense el motivo que esperaba para, con el apoyo de Gran Bretaña y otros países, atacar a Irak y derrocar a Sadam Hussein.

Nadie duda que la batalla podría ser breve. Aunque no son pocos quienes recomiendan no confiar tanto en el poderío militar norteamericano. De hecho, los miembros del gabinete del presidente Bush con experiencia en confrontaciones bélicas, son los que se muestran más reacios a una intervención militar por los posibles riesgos que ello conlleva. Por el contrario, quienes tienen poca o nula experiencia en conflictos de guerra confían plenamente en la supremacía estadounidense. Empero, el desierto y las bajas temperaturas en esta época del año son factores que no deben subestimarse. Aquellos que están a favor de la guerra sustentan su posición en que el poderío estadounidense encontrará poca resistencia en los iraquíes, sobre todo porque los servicios de inteligencia informan que Irak cuenta con un equipo militar viejo y en malas condiciones, aunado a que gran parte de los miembros de su ejército están mal preparados o bien son veteranos de la Guerra del Golfo inconformes con el régimen del presidente Sadam Hussein.

Todos estos factores pueden anunciar que el desenlace de la guerra se dará poco tiempo después de iniciadas las hostilidades. Sin embargo, nadie puede saber qué pasará después de la guerra. La forma de gobierno que se implantará tras el derrocamiento de Hussein es un misterio, y muchos analistas de la situación dudan que pueda generarse la paz con la caída del régimen actual, dado que en el territorio de Irak coexisten diversas etnias que, por la necesidad de enfrentar a un enemigo común, al momento se encuentran aparentemente unidas, pero se presume que una vez derrocado el dictador las cosas seguramente cambiarán y todas tratarán de obtener ventajas sobre las demás y ser las mayores beneficiarias de la caída del régimen.

No debemos tampoco pasar por alto que en caso de producirse la guerra, las consecuencias serían devastadoras para el pueblo iraquí, la verdadera víctima de la confrontación armada, un pueblo que siempre ha vivido en el sufrimiento y la desolación; siempre en la guerra y, por tanto, siempre en la miseria, siempre defendiéndose de sus invasores, en constante zozobra por repetidas amenazas y violaciones a sus derechos.

El motivo de la confrontación, concluimos, debe ser finalmente el petróleo. El problema no es político sino primordialmente económico. A una potencia comercial y militar como Estados Unidos no le interesa que exista democracia en los países de Medio Oriente, que éstos sean libres o bien que profesen una determi-

nada religión, lo que en verdad le interesa son sus recursos naturales, sus riquezas petroleras y el impacto que éstos tienen en la economía mundial y, sobre todo, en la norteamericana. De ahí, por ejemplo, la resistencia de Francia a otorgar su apoyo a la invasión armada a Irak, pues se dice que en este momento es una de las grandes potencias que tiene privilegios sobre el petróleo iraquí y en caso de estallar una guerra en la que Francia no participe o lo haga muy tarde, no alcanzaría a repartirse el “botín” al finalizar la misma.

Por otra parte, el presidente Bush ha sido criticado por mostrarse demasiado beligerante con Irak y, en cambio, muy complaciente con el régimen comunista de Corea del Norte. Esta contradicción se evidencia en el momento en que el régimen norcoreano anuncia al mundo que ha decidido abandonar el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares y que se reserva su derecho a realizar pruebas nucleares cuando así lo decida. Ante esto, el gobierno estadounidense muestra una paciencia que no tiene con el presidente iraquí: privilegia el diálogo sobre la confrontación y, con débiles llamados, insta a los norcoreanos a pensar bien su decisión. Entonces es preciso concluir y preguntarnos por qué no se actúa de la misma manera en ambos casos; si existe una verdadera voluntad y preocupación por parte de los norteamericanos por el pueblo iraquí, o bien, si son otros los intereses que subyacen en la intención de derrocar al régimen de Hussein.

Los Estados Unidos se han autoproclamado, desde hace un siglo a la fecha y de manera más marcada en la historia reciente, tras el final de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín, como los policías del mundo; son ellos quienes deciden quién tiene razón y quién no; invaden territorios soberanos so pretexto de buscar la democracia en los países atacados; derrocan regímenes que a su juicio consideran totalitarios y persiguen criminales que suponen peligrosos. Esta actitud, desde luego, sería plausible si contara con el apoyo de la comunidad internacional, si se tomaran la molestia de consultar a los demás miembros al solicitar su apoyo y, sobre todo, si se sujetaran estrictamente a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas. Sin embargo, la actitud de la superpotencia ha sido arrogante, pues no puede llamarse de otra forma al talante que advierte a la comunidad internacional que se reserva su derecho a actuar de la manera que considere conveniente, obtenga o no el apoyo de los demás países. Esta postura, desde luego, es soberbia. A falta de un contrapeso como lo fue la antigua Unión Soviética en la Guerra Fría, los estadounidenses se proclaman los preservadores de la paz internacional.

Ante ello, es preciso hacer oír nuestra voz; la guerra es el fracaso del diálogo y la negociación, y una guerra arbitraria como la que estamos a punto de vivir puede afectar a los mexicanos más allá de la simple atención a las noticias impresas y los informes televisivos, pues como ya afirmaba Herodoto: “... ningún hombre es tan tonto como para desear la guerra y no la paz; pues en la paz los hijos llevan a sus padres a la tumba, en la guerra son los padres quienes llevan a los hijos a la tumba...”. ●



© LEMIC

Lotería del deseo: novela de amor, desenfreno erótico y alegato contra la evolución tardía

Rodrigo Martínez Martínez



Eugenio Aguirre
Lotería del deseo
 Alfaguara, México, 2003, 273 pp.

Lotería del deseo es una novela de amor anegada de humor negro, desencadenamientos de imágenes eróticas y manifestaciones en contra del machismo en donde Eugenio Aguirre, autor acostumbrado a las vanguardias, ejerce la difícil tarea de narrar una trama a través del azar provisto por las imágenes de una baraja de lotería. Se trata de un relato en tercera persona que recoge la mejor tradición de Juan García Ponce y un poco de los novelistas franceses del siglo XIX, toda vez que el narrador hace una parodia de sí mismo mediante los excesos de su género mientras expresa un profundo sensualismo cercano a la estética de Hesíodo.

Durante una Noche de Rábanos en la Plaza de Armas de Oaxaca, Clara y su hija Virginia comienzan a jugar lotería con el sargento Aberración Garrido y el cabo Frenillo mientras Carmen, hermana de la madre, en un hotel cercano al carnaval, se entromete en juegos eróticos con su cuñado Pascual y el padre de éste, el Viejo Tornell.

Objeto de las traiciones de su padre y su amante, Pascual Tornell, aliado con su compañera Carmen, se empeña en obtener el divorcio de parte de la madre de Virginia. Mas Clara, dueña de una moral tradicional y de una contradictoria sensualidad, se enreda en amores con el militar y se niega a otorgar la firma.

Bajo la sombra del Viejo Tornell, cacique de la vieja calaña, el embrollo cuadrado de personajes, en tan sólo la duración de un juego de lotería, se convierte en una serie de enredos sexuales, disputas maritales y cuestionamientos morales en donde Frenillo, un cabo torpe y sensible, y la pequeña de catorce años, son los testigos de una tragicomedia que llega hasta el delirio de la fantasía pues Carlos, un amante fantasmal de Carmen, es llevado a su última morada por el joven adúltero, heredero de una educación patriarcal opresiva.

Eugenio Aguirre (México, 1944) es reconocido por la ya clásica novela histórica *Gonzalo Guerrero* —Premio Gran Medalla de Plata de la Academia Internacional de Lutece, 1986— donde narra cómo un ibérico logra asimilar la cultura mesoamericana y da pie al primer mestizaje, el cual se muestra como

consecuencia de una relación amorosa y no de la transgresión de una mujer indígena (*la chingada*). Pero el autor de *Lotería del deseo* no llega al género amoroso con esta última novela toda vez que, anteriormente, entrega sus novelas *El caballero de las espadas* y *En el campo*, que se distinguen por la consumación de la sexualidad y el ensayo en las técnicas narrativas.

En el relato de las complicaciones amorosas de Clara y su eterna batalla contra su hermana Carmen, Eugenio Aguirre trabaja sus personajes con cierta profundidad psicológica mediante el uso de una voz omnisciente que a veces nos habla lo mismo del surrealista Marc Chagall que del *beatneak* Norman Mailer, a la vez que guía el hilo de la trama. El autor nos convence de los protagonistas debido a las referencias del entorno que, como en otras de sus obras, abarca periodos históricos definitorios. Se trata de la última década del siglo XX mexicano con los capítulos de Aguas Blancas, Chiapas y los últimos restos de caciquismo.

Más aún, todos los tipos de *Lotería del deseo* tienen un trasfondo semántico. El Viejo Tornell es la figura del patriarcado; Aberración Garrido, la muestra del machismo decadente; Clara, manifestación ibseniana de la voluntad femenina, y Carmen, la reminiscencia de la dependencia femenina cuyo fundamento es la falta de identidad y la búsqueda de ella en el placer sexual. Frenillo y Virginia, por su parte, son dos elementos de reforzamiento de los personajes que, siempre caracterizados por los mismos comportamientos, son ideales para conmover al lector y simpatizar con ellos.

Parodia de la condición humana, la lotería erótica de Eugenio Aguirre deja ver entre líneas las referencias a los Flaubert y los Balzac pero también a los Malraux pues, como es regla general en las obras de este escritor, existe un interés por la militancia social y por la denuncia que a veces es implícita y a veces explícita. En la nueva novela evidencia el aletargado adormecimiento humano que aún no supera la sociedad patriarcal y su consecuencia: el machismo.

En *Pasos de sangre* (Premio Nacional José Fuentes Mares, 1986) —acaso la mejor obra del autor sin menoscabo de *Gonzalo Guerrero*— se halla el relato de una histórica marcha realizada en 1945 por campesinos procedentes de diversas poblaciones de Hidalgo hacia la capital. Mezcla de verdad y ficción, ocupada de un realismo socialista y llevada a las letras mediante un registro de voces múl-

tiples, esta novela da cuenta de la indefensión de las comunidades rurales, del caciquismo sempiterno y de la presencia continua de las necesidades sexuales de los individuos.

Ejemplo de la preocupación social del autor, *Pasos de sangre* mezcla una estética dostoievskiana con una denuncia masiva en donde el lenguaje juega un papel primordial en el acabado de la novela. En *Lotería del deseo* la responsabilidad social deriva de la presencia de un machismo latente, dinámica que abusa del género femenino. Al respecto, Eugenio Aguirre ya ha dado un adelanto en su novela *Elena o el laberinto de la lujuria*, en donde aparece la revelación de la mujer en el desencadenamiento absoluto de su sexualidad. Esta constante, que agrada al autor, es síntoma de una ocupación por entender la tardía evolución humana.

Pero es precisamente la sexualidad lo que retoña en las páginas de la nueva novela. Eugenio Aguirre, que confiesa su admiración por el autor de *Inmaculada o los placeres de la inocencia*, desarrolla un equilibrio entre la literatura pornográfica y la literatura erótica. Clara y Carmen, los ejes femeninos de la trama, están dotadas de un sentido que les permite advertir la dimensión de su sensualidad.

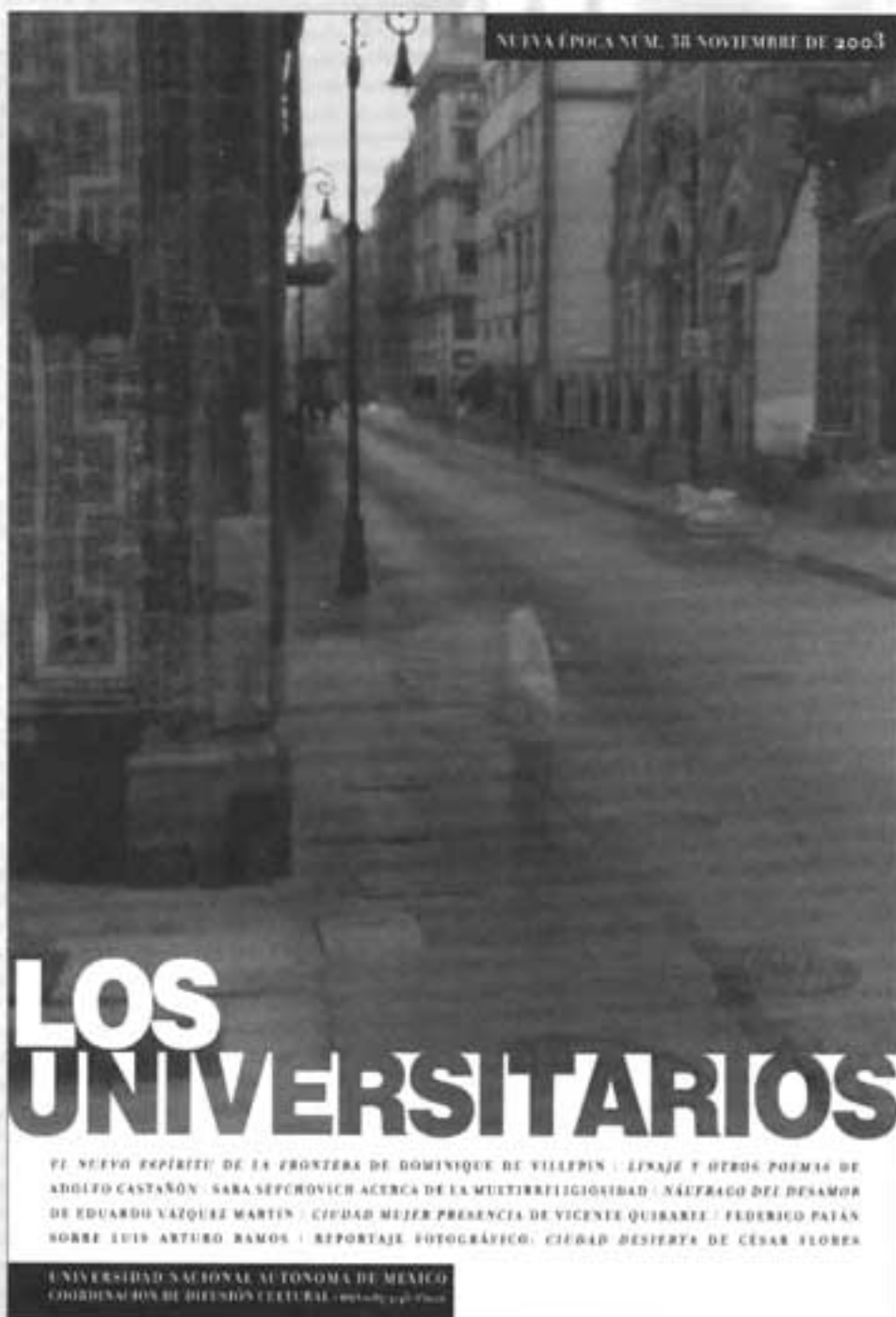
Luego de años de educación tradicional y aun cuando se hallan inmersas en una sociedad machista, las hermanas, celosas la una de la otra, no dudan cuando se trata de ejercer su sexualidad y fascinan al narrador. Incluso la niña Virginia, casi metida a lolita, llega a explorar la reducida sensualidad de la adolescencia. Es entonces que el novelista expresa su fascinación por Juan García Ponce.

Con *Lotería del deseo*, el actual docente en la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM), lleva a las librerías una novela que juguetea con la casualidad de lo cotidiano, señala con seriedad el problema social del machismo y provoca accesos de risa a un lector que no se halla con el estilo tradicional de la novela amorosa. Escrita en una dinámica en que se entrelaza la descripción, el habla coloquial y la composición dialogada, la nueva novela de Eugenio Aguirre es un experimento interesante tanto por la estructura de la trama como por los ensayos de realismo mágico que vagan entre los personajes.

Obra resuelta en una tradición vanguardista que también se preocupa por divulgar los valores nacionales y que, ajena al costumbrismo, es una pieza que merece atención de los lectores y una revisión entre líneas ya que trae consigo una denuncia social que reclama al género humano, en especial al masculino, su incapacidad de comprensión y evolución. ●

LOS UNIVERSITARIOS

Publicación mensual de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM



NÚMERO 38 NOVIEMBRE

- *El nuevo espíritu de la frontera* de Dominique de Villepin
- *Linaje y otros poemas* de Adolfo Castañón
- Sara Sefchovich acerca de la multirreligiosidad
- *Náufrago del desamor* de Eduardo Vázquez Martín
- *Ciudad mujer presencia* de Vicente Quirarte
- Federico Patán sobre Luis Arturo Ramos
- Reportaje fotográfico: *Ciudad desierta* de César Flores

SUSCRIPCIONES: 56 65 17 33



P